

Los bolcheviques y la Primera Revolución rusa

Como ya vimos en *La Forja* nº 8, entre 1883 y 1905 la vanguardia revolucionaria rusa logra cumplir, en lo fundamental, los requisitos que exige la constitución del partido proletario de nuevo tipo. La lucha victoriosa contra el *populismo* permitió que el marxismo se convirtiera en la única guía *ideológica* plenamente consecuente de la revolución; la lucha contra el *marxismo legal* dotó al proletariado de la perspectiva estratégica correcta, al orientar todas sus acciones hacia el objetivo último del Socialismo; la lucha contra *economistas* y *mencheviques* permitió adquirir al proletariado ruso sus bases *tácticas* fundamentales (organización política independiente, programa, autoconciencia de su papel rector en la próxima revolución, política de alianzas, etc.), y la revolución de 1905 la experiencia *de masas* necesaria para que la vanguardia pudiera ponerse a la cabeza del proletariado revolucionario de una manera efectiva.

Sin embargo, la derrota que trajo consigo la Primera Revolución demostró que todo ese acervo político, recogido a lo largo de tantos años, requería ser reasumido por el proletariado como clase revolucionaria para elevarlo a una nueva dimensión política que le permitiera enfrentarse a la nueva revolución en condiciones más favorables. Este proceso de recapitulación -que abarca los años de la reacción posrevolucionaria (1906-1912)- llevado a cabo por la vanguardia proletaria y que se centrará, fundamentalmente, en torno a debates sobre problemas de táctica política, es lo que abordaremos en el presente trabajo.

El declinar de la revolución

La insurrección de Moscú, en diciembre, marcó el punto más alto del movimiento revolucionario que se había iniciado en Rusia con el *Domingo sangriento*, en enero de 1905. Tras la derrota de los obreros de Moscú, el proletariado perdió la iniciativa en la lucha frente a la autocracia, y aunque se replegó combatiendo y realizando una serie de pequeñas contraofensivas (insurrecciones de Sveaborg y Kronstadt, en agosto de 1906; numerosas huelgas localizadas, etc.), y aunque las masas campesinas le tomaron el relevo a lo largo de la primera mitad del año 1906, sus acciones fueron descoordinadas y de carácter espontáneo, por lo que todo fue quedando en infructuosos intentos y la revolución no dejó de dibujar, en lo sucesivo, una línea descendente.

El zar pasó, entonces, a tomar la iniciativa aplicando un doble juego: por un lado, la represión sistemática, con redadas entre los obreros más destacados y *pogromos* entre el movimiento campesino y el movimiento de liberación nacional -que también había

despertado al calor de la revolución- con el fin de diezmarlos en sus fuerzas ya debilitadas. Por otro lado, en plena revuelta de Moscú, el zar promulgó una ley electoral y convocó la Duma de Estado, con el fin de desviar los anhelos de transformación política del pueblo ruso por la «vía pacífica» del parlamentarismo.

La revolución rusa de 1905 fue un movimiento hegemonizado por el proletariado. «La peculiaridad de la revolución rusa estriba precisamente en que, por su contenido social, fue una revolución *democrática burguesa*, mientras que, por sus medios de lucha, fue una revolución *proletaria*. Fue democrática burguesa, puesto que el objetivo inmediato que se proponía, y quepodía alcanzar directamente con sus propias fuerzas, era la república democrática, la jornada de 8 horas y la confiscación de los inmensos latifundios de la nobleza (...).

La revolución rusa fue a la vez revolución proletaria, no sólo por ser el proletariado su fuerza dirigente, la vanguardia del movimiento, sino también porque el medio específicamente proletario de lucha, la huelga, fue el medio principal para poner en movimiento a las masas y el fenómeno más característico del desarrollo, en oleadas crecientes, de los acontecimientos decisivos.» (1)

Ciertamente, la manifestación más elevada de los diferentes movimientos de 1905, la insurrección obrera de Moscú, se inició tras una huelga política general, y, efectivamente, la burguesía liberal rusa apenas jugó un papel secundario en los acontecimientos de ese año, ratificando el dictamen bolchevique sobre la clase obrera como única y verdaderamente consecuente fuerza motriz de la revolución. Tesis que, por otra parte, ya formaba parte del acervo político de la socialdemocracia rusa desde su fundación en 1898, pero que, tras las renunciadas de las sucesivas corrientes oportunistas que fueron surgiendo en su seno, continuaba siendo sostenida de manera coherente sólo por los bolcheviques.

Si la revolución democrática estaba encabezada por el proletariado, ¿qué ocurría con el partido que representaba a esta clase y cuya misión era la de dirigirla y, por lo tanto, la de dirigir todo ese movimiento revolucionario?, ¿qué pasaba con el partido socialdemócrata de Rusia (POS DR)?

El POS DR se encontraba dividido, tanto en lo ideológico como en lo político y organizativo, en 1905. Precisamente, la revolución supuso el momento de máxima contradicción entre sus dos fracciones principales -bolcheviques y mencheviques- desde 1903. De hecho, cada una de ellas había celebrado aparte sus reuniones cumbre: entre abril y mayo, los bolcheviques reunieron lo

que pasaría a la historia como III Congreso del POSDR, en Londres, mientras que los mencheviques celebraban separadamente su Conferencia en Ginebra; en diciembre, los bolcheviques se volvieron a reunir en Conferencia en la ciudad finlandesa de Tammerfors, también sin los mencheviques. Desde luego, las resoluciones políticas que sobre los mismos temas aprobaron ambas fracciones justificaba plenamente su divorcio organizativo. Sin embargo, el partido obrero de Rusia no había sido capaz de ponerse al frente de la revolución. Había realizado denodados esfuerzos, sobre todo por parte de los bolcheviques, para erigirse en vanguardia efectiva del movimiento de masas, pero no lo consiguió de manera satisfactoria. De ahí una de las mayores deficiencias de ese movimiento; de ahí que no hubiese una coordinación entre sus partes, entre los obreros, los campesinos y las nacionalidades; de ahí que los golpes contra la autocracia y el feudalismo no tuvieran sincronización y fueran poco

incomprensión el estado de disgregación de su organización política, como entre sus dirigentes, que percibían perfectamente las debilidades de la revolución y la necesidad que ésta tenía de un partido obrero fuerte. Esta presión se traducía, para los dirigentes socialdemócratas rusos, en la cuestión de la «unificación» del POSDR, cuestión que no pasó desapercibida: no en vano, los bolcheviques aprobaron una resolución sobre ella en el III Congreso, en la línea de adoptar «todas las medidas necesarias para preparar y elaborar las condiciones de fusión con la parte que se ha separado del POSDR»(2), y otra en Tammerfors en términos similares.

Pero fue la derrota de diciembre y el consiguiente repliegue lo que realmente creó «las condiciones de fusión» organizativa desde el punto de vista externo: si el ascenso de la revolución explicaba o, más bien, exigía la escisión entre la línea proletaria revolucionaria y la oportunista, con el fin de que ésta pudiera ser desenmascarada y de que la clase obrera pudiese mantener su independencia política y jugar su rol dirigente, la retirada exigía que fuera realizada de la manera más ordenada posible, para que los efectos de la derrota fueran lo menos dañinos posible para la clase en general y sus cuadros dirigentes en particular, de manera que se pudiesen conservar cuantos más elementos organizativos para preparar la siguiente ofensiva. Desde esta perspectiva, la unificación de las corrientes socialdemócratas se hacía imprescindible, y sus dirigentes pusieron manos a la obra para crear las condiciones internas que hicieran posible la unificación.

A finales de diciembre, los esfuerzos encaminados a la unificación -que, no obstante, se habían iniciado en la práctica a partir del otoño con acuerdos concretos de unidad de acción por la base entre comités locales de las dos corrientes en Rusia, debido, sobre todo, a la necesidad acuciante del momento político, pues la insurrección obligaba a los mencheviques a adoptar posturas claramente definidas y a acercarse a los bolcheviques en la práctica- tomaron cuerpo, a nivel de dirección, con la creación del Comité Central unificado del POSDR, quien inició la publicación de un Órgano Central común, *Parti nye Izvestia* (Noticias del Partido), y convocó el Congreso de Unificación.

El IV Congreso («de Unificación») del POSDR

Para este Congreso, bolcheviques y mencheviques elaboraron sendas plataformas políticas sobre las diferentes cuestiones tácticas que exigía el momento. Aunque la mayoría de las bases obreras del partido en Rusia simpatizaban con el programa bolchevique, la represión de diciembre había diezñado considerablemente sus filas y apartado a numerosos valiosos dirigentes, que no pudieron asistir como delegados al Congreso. Esto, unido a la permisiva política de adhesiones realizada por los mencheviques, que abrieron sus organizaciones a muchos intelectuales pequeñoburgueses, y a la participación de las



Lenin hacia 1910

calibrados, prácticamente espontáneos; de ahí que el zar, los terratenientes y los capitalistas tuviesen tiempo y margen para maniobrar y rehacerse.

Estas insuficiencias estaban presentes en la conciencia de los obreros socialdemócratas rusos, tanto entre sus bases, que si, por un lado, asumían completamente el papel militante que exigían los acontecimientos diarios, por otro, miraban con ansiedad e

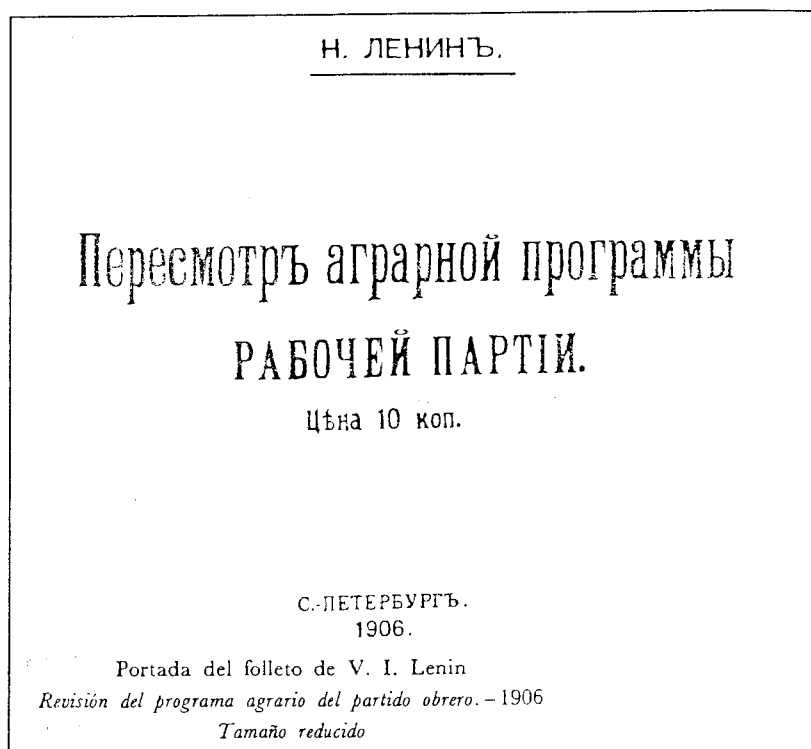
organizaciones en el extranjero, de mayoría menchevique, configuró un Congreso con una exigua mayoría de esta fracción. También asistieron delegados de la socialdemocracia letona, polaca y judía (*Bund*), que formalizaron su ingreso en el POSDR en esta ocasión, aunque no pudieron sustraerse de la lucha entre sus dos corrientes principales, ni en el Congreso ni en lo sucesivo (tendiendo los dos primeros a acercarse a los bolcheviques y el *Bund* a los mencheviques).

El primer punto del orden del día trató sobre el **programa agrario**. En este asunto, el menchevique P. Máslov, apoyado por Plejánov, presentó un proyecto de **municipalización** de la tierra, que consistía en otorgar a los campesinos en propiedad la tierra que trabajaban y en la «enajenación» (sin especificar si se trataba de enajenación con rescate o de confiscación, es decir, enajenación sin rescate) de las tierras de los grandes terratenientes para transferirlas a los órganos de administración local (*zemstvos*), que las ofrecería en arrendamiento a los campesinos.

La cuestión agraria era uno de los puntos pendientes del programa político de la socialdemocracia rusa. La visión dogmática y unilateral del marxismo que sostenían los mencheviques, con Plejánov a la cabeza (3), había puesto serios obstáculos a la inclusión del problema campesino, tanto de sus reivindicaciones como de su papel como clase en la revolución rusa, en el programa de 1903. Sin embargo, Lenin, muy sensibilizado en este asunto crucial para la revolución y apoyándose en sus profundos estudios del tema, que se remontaban a la década de los 90 del siglo pasado, había conseguido que se introdujese en ese programa la demanda campesina sobre los «recortes» (tierras trabajadas por los campesinos y tierras comunales que se habían quedado los nobles con la reforma de 1861) y la devolución de los rescates, así como una resolución sobre el papel del campesinado como aliado del proletariado en la revolución. Pero la magnitud que el movimiento campesino alcanzó desde el verano de 1905 obligó a revisar el planteamiento de la cuestión a los marxistas rusos. Así, los bolcheviques trataron de «ponerse al día» en la Conferencia de Tammerfors, donde propusieron la reforma del programa agrario en el sentido de eliminar el asunto de los «recortes» y los rescates para poner el acento en la **confiscación** de las tierras «del fisco, de la Iglesia, de los monasterios, de la Corona, de la familia real y de propiedad privada», además de fomentar y apoyar la «organización autónoma del proletariado rural»(4) y de las acciones revolucionarias del campesinado en general.

De esta manera, la «puesta al día» del programa

de los socialdemócratas rusos en este punto debía sancionarse y unificarse en el Congreso, que se reunió entre el 23 de abril y el 8 de mayo de 1906 en Estocolmo. La municipalización era la propuesta menchevique, como ya se ha indicado. Los bolcheviques se pusieron en contra; pero con dos puntos de vista diferentes. De hecho, como señalaría posteriormente Lenin, «las diferencias internas existentes en el seno de las fracciones (...) se manifestaron de manera notable en el problema agrario (una parte de los mencheviques estaba contra la municipalización, en tanto que los bolcheviques se dividieron en 'rozhkovistas', partidarios del reparto y adeptos de la confiscación, nacionalizándose la tierra en caso de que se estableciese la república)» (5). Los *rozhkovistas*, los seguidores del modelo jacobino del reparto de las tierras confiscadas entre los campesinos (el denominado «reparto negro»), eran mayoritarios entre los bolcheviques (entre ellos se encontraba Stalin). Lenin, sin embargo, dirigió sus



principales ataques contra la municipalización menchevique, ya que, para él, «la municipalización es errónea y nociva; el reparto como programa es erróneo, pero no pernicioso. Por esas razón estoy, desde luego, más cerca del reparto y dispuesto a votar en pro de Boríssov (*rozhkovista*) y en contra de Máslov (como así haría, efectivamente, al votarse las propuestas al final del debate). El reparto no puede ser nocivo, en primer lugar, porque los campesinos lo aceptarán; y, en segundo lugar, porque no es necesario hablar para ello de la consecutiva transformación del Estado (sobre lo que sí sería preciso hacer hincapié, según Lenin, con la consigna de nacionalización de la que era partidario). ¿Por qué es erróneo? Porque enfoca el movimiento campesino de manera unilateral, sólo desde el punto de vista del pasado y del presente, sin parar mientes en el punto de vista del futuro. Los partidarios del reparto me dicen, impugnando

la nacionalización: cuando el campesino habla de nacionalización no quiere exactamente lo que dice (...). El campesino quiere la propiedad privada, el derecho a vender la tierra, y lo que dice de que 'la tierra es de Dios' y demás zarandajas son sólo un velo ideológico con el que encubre el deseo de quitar la tierra a los terratenientes».

Lenin continúa respondiendo que todas estas razones de los partidarios del reparto son certeras y que explican muy bien los verdaderos sentimientos de los campesinos. Pero que los *rozhkovistas* caen en «el error del viejo materialismo, del cual dijo Marx: los viejos materialistas sabían explicar el mundo, mientras que nosotros debemos transformarlo (...). No se trata de imponer a los campesinos la nacionalización en lugar del reparto (...). Se trata de que el socialista, al desenmascarar implacablemente las ilusiones pequeñoburguesas del campesino en que 'la tierra es de Dios', debe saber indicarle el camino adelante (...). Debemos decirles (a los campesinos): en esas expresiones de que la tierra no es de nadie, de que es de Dios o un bien público, hay una gran verdad, pero es preciso entenderla correctamente. Si la tierra es un bien público, y quien maneja el erario público es Trépov (comisario de policía centurionegrista), la tierra será de Trépov. ¿Es eso lo que quieren? ¿Quieren que la tierra vaya a parar a manos de los Ródichev y de los Petrunkévich (liberales) si, como ellos ansían, se adueñan del poder y, por consiguiente, del erario público? Por supuesto, los campesinos responderán: no, no queremos. No entregaremos a los Trépov ni a los Ródichev las tierras arrebatadas a los terratenientes. Si es así, se necesitan la electividad de todos los funcionarios por el pueblo, la supresión del ejército regular, la proclamación de la república; sólo entonces la entrega de la tierra al 'erario público', la entrega de la tierra al 'pueblo' no será una medida perjudicial, sino beneficiosa. Y desde el punto de vista rigurosamente científico, desde el punto de vista de las condiciones del desarrollo del capitalismo en general, debemos decir indudablemente, si no queremos discrepar del tercer tomo de *El Capital*, que la nacionalización de la tierra es posible en una sociedad burguesa, que contribuye al desarrollo económico, propicia la competencia y la afluencia de capital a la agricultura, hace descender los precios de los cereales, etc. Por consiguiente (...), *en modo alguno podemos* responder al problema de la nacionalización con una negativa escueta y general (...). Lo único que debemos hacer es explicar al campesino las premisas políticas necesarias para que la nacionalización sea una medida beneficiosa, y luego mostrar su carácter burgués»(6).

En 1924, N. Bujarin decía del método de Lenin: «lo característico es que el camarada Lenin no observaba las cosas únicamente desde el punto de vista de las perspectivas generales, sino que también en el interior de estas perspectivas generales siempre captaba, y siempre con una seguridad excepcional, el aspecto original, el pasaje de una coyuntura a otra; siempre encontraba el eslabón de la cadena del cual era necesario asirse para conducir a nuestra revolución por el rumbo justo»(7). Y, efectivamente, al defender la nacionalización para el

programa agrario marxista -nacionalización que no excluía el reparto-, Lenin hacía gala de esa especial perspicacia política que se le atribuye: los campesinos quieren la tierra, de acuerdo, démosela; pero creemos también las condiciones para el paso subsiguiente, no perdamos la perspectiva del socialismo, utilicemos todos los elementos que, como marxistas, nos permitan dejar abierta la puerta de las transformaciones futuras. ¿Que los campesinos tienen conciencia de que la tierra es un bien público? ¡Ahí está «el eslabón de la cadena del cual es necesario asirse», ahí está la puerta abierta, el «pasaje» que nos permitirá crear las condiciones para acercarnos un poco más al socialismo en el futuro! Expliquemos al campesino en qué términos la tierra puede ser verdaderamente un bien público, expliquémosle que esto sólo es posible con una república democrática que extirpe definitivamente la autocracia y lo que quede de feudalismo en Rusia y abra de par en par los canales para el desarrollo burgués y, lo que es más importante, para el desarrollo de la lucha de clases proletaria, para el socialismo. La nacionalización acompañada inseparablemente de la reivindicación de la república democrática «que garantice plenamente el poder soberano del pueblo»(8), constituye, desde el punto de vista del socialismo, el nudo gordiano de la revolución campesina y, en un país cuya inmensa mayoría son campesinos, como Rusia, el nudo gordiano de la revolución democrática.

Pero si el reparto no era del todo erróneo (pues permitía el desarrollo burgués, aunque no pensase en el socialismo), la municipalización era nociva. Lenin se empleó a fondo contra este proyecto en el IV Congreso esgrimiendo tres argumentos principalmente:

En primer lugar, la municipalización no es un proyecto revolucionario porque «en vez de confiscación (enajenación sin rescate) habla de enajenación en general; (...) porque no llama a aplicar *el método revolucionario* para llevar a cabo la revolución agraria (...). Cualquier otros métodos de revolución agraria se reducirán a *una reforma* burocrática liberal, a una reforma democrática constitucionalista, pero no a una revolución campesina, si no se lanza la consigna de que los propios campesinos, es decir, justamente los comités campesinos revolucionarios, se apoderen *inmediatamente* de la tierra en cada lugar para que los propios campesinos *dispongan* de estas tierras ocupadas hasta que se convoque una asamblea constituyente de todo el pueblo.»

En segundo lugar: «Los campesinos no aceptarán la municipalización. La municipalización significa: quédate gratuitamente con las tierras parcelarias, pero paga una renta al zemstvo por las tierras de los terratenientes. Los campesinos revolucionarios no lo aceptarán. Dirán o bien: repartiremos todas las tierras entre nosotros, o bien: que todas las tierras sean propiedad de todo el pueblo. La consigna de municipalización jamás será la consigna del campesinado revolucionario. Si la revolución triunfa, *de ningún modo* se podrá detener en la municipalización. Y si no triunfa, de la 'municipalización' no resultará sino una nueva engañifa del tipo de la Reforma de 1861 para los campesinos.»

Finalmente: «Mi tercer argumento fundamental consiste en que la municipalización es perjudicial si se la condiciona a la 'democracia' en general en lugar de condicionarla especialmente a la instauración de la república y a la elección de los funcionarios por el pueblo. La municipalización es la entrega de la tierra a los órganos del poder local, a los órganos de autogobierno. Si el poder central no llega a ser *plenamente* democrático (régimen republicano, etc.), las autoridades locales podrán ser 'autónomas' sólo en las pequeñeces (...). Pero en los problemas importantes, sobre todo en uno tan fundamental como la propiedad terrateniente, la democracia de las autoridades locales sólo será un juguete frente a un poder central no democrático. Si no hay república ni elección de los funcionarios por el pueblo, la municipalización significa entregar las tierras de los terratenientes a las autoridades locales electivas, aun siguiendo el poder central en manos de los Trépov y los Dubásov (...). Los Trépov y los Dubásov *transferirán* entonces esas tierras de la 'administración' de los zemstvos a la 'administración' del Ministerio del Interior, y los campesinos serán burlados por partida triple»(9).

En la segunda votación del punto sobre el programa agrario, Lenin unió su voto a los de los partidarios del reparto, pero los bolcheviques no pudieron evitar que el Congreso aprobase el proyecto de municipalización para el programa de la socialdemocracia rusa, aunque consiguieron que se sustituyese la «enajenación» *sans phrase* por la mucho más elocuente «confiscación», y que se aceptase la idea de crear un fondo de tierras «propiedad de todo el pueblo» (nacionalización) y que otra parte fuera destinada al reparto. Pero, en general y en espíritu, triunfó, aunque «castrado», el principio de municipalización de la tierra.

Después del IV Congreso, Lenin no vaciló en hacer agitación contra la municipalización y el reparto, en pro de la nacionalización de la tierra. En su obra, *El programa agrario de la socialdemocracia en la primera revolución rusa de 1905-1907* (publicada en 1908), profundiza sus argumentaciones contra los mencheviques y, entre otras cosas, refuta a los «municipalistas» demostrando que los propios representantes campesinos en las dos primeras Dumas (*trudoviques*), habían exigido, ellos mismos, la nacionalización de las tierras confiscadas (*Proyecto de los 104*), con lo que no habría reacción contra la nacionalización por su parte (la temida *Vendée* con la que amenazaban los mencheviques), dejando en evidencia a la socialdemocracia al demostrar el carácter retrógrado de su programa agrario, frente a las reivindicaciones campesinas, y al desenmascarar el apenas disimulado deseo de los mencheviques de llegar a un acuerdo con los demócratas constitucionalistas (liberales), por una parte; y, por otra, al demostrar la bancarrota del populismo de los socialistas revolucionarios, cuyo programa de «socialización» de la tierra (*Proyecto de los 33*) no había atraído a la mayoría de los representantes campesinos, a pesar de que los *eseristas* ambicionaban dirigir a esta clase y deseaban organizar el «socialismo» en Rusia sobre la

base de la comunidad agraria campesina.

Para dar una visión general del ulterior desarrollo del programa agrario de la socialdemocracia rusa, diremos que tras la separación definitiva de los socialdemócratas en dos partidos independientes (1912), Lenin consiguió convencer a los bolcheviques de la idoneidad de la nacionalización en la Conferencia de Abril de 1917, cuando la revolución había puesto en el orden del día las tareas del socialismo y cuando la nacionalización ya no se presentaba sólo como el mejor medio para luchar contra una sola forma de propiedad (la terrateniente feudal), sino contra todo tipo de propiedad privada de la tierra. Además, los bolcheviques añadieron la idea de que había que fomentar la consigna entre los braceros y semiproletarios del campo de que convirtiesen las grandes haciendas terratenientes en unidades modelo de producción colectiva. De hecho, los efectos de la reforma agraria de Stolipin (Decreto de noviembre de 1906 *Sobre la adición de algunas disposiciones de la ley vigente relativas a la posesión y el usufructo de la tierra por los campesinos*, que en 1910 fue promulgado como ley) habían desarrollado aún más las relaciones capitalistas en el campo y minado la preponderancia de la comunidad rural rusa (*obshchina*), de modo que cada vez quedaba más claro que las medidas basadas en el igualitarismo pequeñoburgués (la posesión igualitaria de la tierra de los *trudoviques* y *rozhkovistas*, o el «usufructo» igualitario de la tierra de los *eseristas*) eran inadecuadas o insuficientes. Sin embargo, en el campo ruso, lo que aún estaba pendiente era la revolución campesina (burguesa), por lo que, de cara a la consolidación de la alianza entre el proletariado y el campesinado, como base para el inmediato asalto al poder, los bolcheviques aceptaron el programa de los *eseristas* de izquierda (cuya base eran los *242 mandatos* campesinos de agosto de 1917), a quienes apoyaban la mayoría de los campesinos, en la medida que los instrumentos de transformación agraria que proponían incluían la nacionalización de toda la tierra, y en la medida que se exhortaba a la acción directa de las masas campesinas organizadas, a la ocupación de tierras y demás acciones revolucionarias. Lenin confiaba en la posterior experiencia de los propios campesinos, sobre todo de los más desfavorecidos, para superar las ideas «socialistas» de los populistas, tales como el «usufructo igualitario según la norma de trabajo o de consumo», las reparticiones periódicas de tierras, etc. (10).

Dos tácticas

El segundo punto del orden del día del IV Congreso estaba dedicado a las tareas del proletariado en relación con la situación del momento en Rusia. Aquí, naturalmente, se enfrentaron las dos visiones socialdemócratas de la experiencia revolucionaria de 1905: mientras los mencheviques calificaban como un error la insurrección de Moscú y apostaban por la hegemonía de la burguesía liberal en la revolución -debiendo el proletariado limitarse a servirle de apoyo- y por el desarrollo de las relaciones políticas entre las clases en

Rusia por el sendero constitucional, los bolcheviques insistían -siguiendo las tesis elaboradas por Lenin en su obra *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática* y en las resoluciones del III Congreso- en la hegemonía del proletariado en la revolución, apoyándose en la pequeña burguesía y el campesinado y neutralizando a la burguesía liberal, y en la inminencia de un nuevo auge revolucionario, por lo que todo lo que fuera depositar esperanzas en la Duma como cauce para las necesarias transformaciones políticas de Rusia significaba caer en inicuas «ilusiones constitucionalistas».

Para Lenin, la actitud menchevique en el Congreso consistía en eludir las valoraciones generales sobre la situación política que atravesaba el país y limitarse a decir: «Nuestra misión es estar en la Duma cuando hay Duma»(11). La máxima demostración de oportunismo por parte de los mencheviques llegó cuando, al no ponerse de

siguió manifestándose en las dos cuestiones que pasaron a discutirse a continuación: la actitud ante la Duma y la insurrección armada.

En relación con la primera de ellas, los bolcheviques proponían al Congreso el **boicot** a la «Duma de Witte» (la primera Duma), cuyas elecciones se estaban celebrando por aquellos días y que se inauguraría después de terminado el Congreso, el 10 de mayo de 1906. Los mencheviques, por el contrario, abogaban por la participación electoral, y, de hecho, ya habían presentado sus candidatos para la curia obrera. El principal argumento de los bolcheviques era la experiencia del boicot a la Duma de Bulguin.

El 19 de agosto de 1905, el zar publicó un *Manifiesto* y la ley electoral que instituía la Duma de Estado, a la que se le atribuía un limitado carácter consultivo. A. G. Bulguin, ministro del Interior, fue quien elaboró el proyecto correspondiente (de ahí la denominación de la Duma), del que quedaba fuera la mayoría de la población, pues sólo tenían derecho al sufragio los terratenientes, los capitalistas y un reducido número de campesinos hacendados. Los bolcheviques promovieron el boicot, planteando una campaña de agitación entre las masas con las consignas de insurrección armada, ejército revolucionario y gobierno provisional revolucionario. La marea revolucionaria que ascendió vertiginosamente en Rusia a partir del otoño de 1905 desbarató los planes de la autocracia: las elecciones no se realizaron y la Duma no pudo convocarse. La revolución barrió la Duma de Bulguin.

Para Lenin, «el boicot a la Duma de Bulguin fue una lucha para evitar que nuestra revolución pasara (aunque fuera transitoriamente) a los raíles de una constitución monárquica (...). La historia hacía inevitable *el combate por la elección del camino que habría de seguir la lucha* en un futuro inmediato. Se trataba de si habría de ser el viejo poder quien convocase la primera institución representativa de Rusia, desviando así por cierto tiempo (tal vez muy breve o tal vez relativamente largo) la revolución hacia el camino monárquico constitucional, o si habría de ser el pueblo quien con su empuje directo barriese -o hiciera vacilar, en el peor de los casos- al viejo poder, le impidiera desviar la revolución hacia el camino monárquico constitucional y asegurara (siempre por un tiempo más o menos prolongado) el camino de la lucha revolucionaria directa de las masas. Este era el problema, no advertido en su tiempo por Axelrod ni por Plejánov, que la historia había planteado en el otoño de 1905 ante las clases revolucionarias de Rusia. La propaganda del boicot activo por la socialdemocracia era precisamente una forma de plantear este problema, la forma de su planteamiento consciente por el partido del proletariado, era una consigna de *combate por la elección de un camino para la lucha* (12). Además, «la condición del éxito del boicot de 1905 fue el más amplio, general, vigoroso y rápido ascenso revolucionario (...). El boicot es la declaración de un guerra directa al viejo poder, un ataque directo contra él. No cabe ni hablar del éxito del boicot



Ejo (*El Eco*), periódico legal bolchevique, editado en junio de 1906, que tomó el relevo al clausurado *Vperiod*, el cual, a su vez, había sustituido a *Volná* (*La Ola*), suspendido a principios de mayo

acuerdo las dos fracciones, los mencheviques decidieron retirar su propuesta de resolución, a pesar de ser mayoría, dejando al partido -pues tampoco se votó la resolución bolchevique- sin una orientación táctica clara con la que guiarse en el futuro: sólo el archioportunista espíritu de amoldarse «a lo que hay»... «en la Duma cuando hay Duma...».

La oposición entre las dos concepciones tácticas

fuera de un amplio ascenso revolucionario, fuera de una excitación de las masas que en todas partes desborde, por así decirlo, la vieja legalidad»(13).

La derrota de la insurrección de diciembre, por otra parte, no indicaba, por sí misma, que el brío de las masas fuera a perder su empuje, premisa fundamental que sostenía la táctica del boicot. Lenin caracterizaba ese momento de la revolución de la siguiente manera: «El período de octubre a diciembre fue un período de máxima libertad, de máxima iniciativa de las masas, de máxima amplitud y rapidez del movimiento obrero en un terreno que el empuje del pueblo había desbrozado de instituciones, leyes y escollos monárquicos constitucionales, en el 'interregno', cuando el viejo poder estaba ya quebrantado, mientras que el nuevo poder revolucionario del pueblo (los Soviets de Diputados Obreros, Campesinos, Soldados, etc.) aún no era lo bastante fuerte para reemplazar por completo al viejo poder. Los combates de diciembre decidieron la cuestión en otro sentido: venció el viejo poder, que rechazó el empuje del pueblo y conservó sus posiciones. Pero en aquel entonces, como es natural, aún no había motivos suficientes para considerar que tal victoria era decisiva. La insurrección de diciembre de 1905 tuvo su continuación en toda una serie de insurrecciones militares y huelgas dispersas y parciales durante el verano de 1906. La consigna del boicot a la Duma de Witte (que los bolcheviques habían acordado en la Conferencia de Tammerfors) fue una consigna de lucha por concentrar y generalizar esas insurrecciones» (14).

Efectivamente, después de la insurrección de diciembre, a lo largo de casi todo el año de 1906, los bolcheviques albergaban la esperanza de un resurgimiento del movimiento revolucionario. En varias ocasiones, Lenin cree ver síntomas de ese renacimiento (15), por lo que continuaba defendiendo la idoneidad de la táctica de la acción directa de las masas como la forma principal de lucha. Aunque, eso sí, siempre mantuvo una postura realista a la hora de valorar esos síntomas. Así, por ejemplo, en el verano de 1906, cuando G. Jrustaliiov, presidente del Soviet de diputados obreros de Petersburgo en 1905, inició una campaña para crear Soviets de diputados obreros, Lenin se opuso porque: «Constituir Soviets significa constituir órganos para la lucha directa de masas del

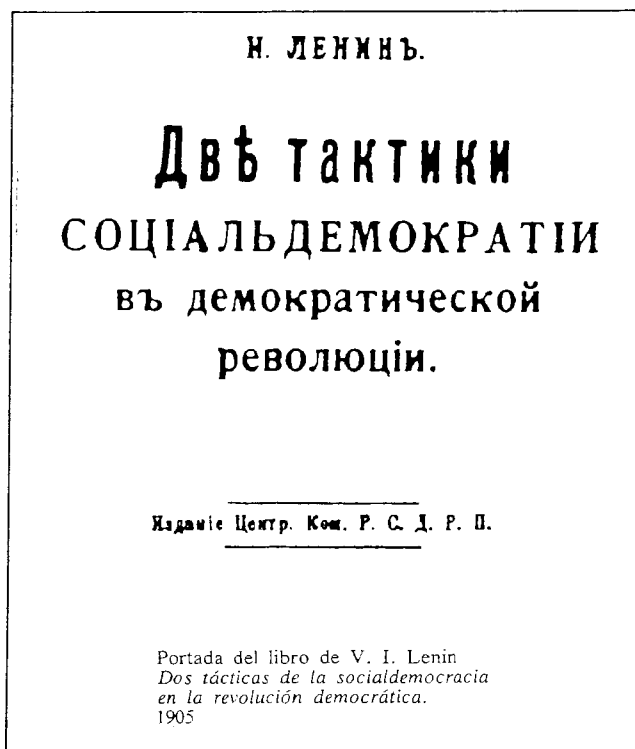
proletariado», es decir, se estaba pidiendo a la clase obrera que diese un paso más hacia adelante en su lucha, «mientras que el campesinado *no ha alcanzado aún* a la clase obrera en su disposición de emprender una acción revolucionaria que abarque a toda Rusia». Lo que aconseja Lenin, ante este desfase político entre las dos clases principales de la revolución, ante la inconsistente alianza entre el proletariado y el campesinado, es: «no os lancéis a la batalla, enviad antes a vuestros delegados a la retaguardia; mañana la retaguardia estará más cerca, la ofensiva contra el enemigo será más vigorosa; mañana podremos lanzar una consigna de acción más adecuada» (16).

La idea del repliegue va tomando cuerpo poco a poco, en la medida que los bolcheviques se iban dando cuenta de que las batallas que aún planteaban las masas en 1906 no eran sino escaramuzas dentro de una retirada general. Hasta que, en septiembre, Lenin planteó la necesidad de rectificar la táctica hacia la Duma (17). Como la I Duma había sido disuelta por el zar en julio, Lenin propuso el abandono del boicot y la participación de la socialdemocracia en las elecciones para la II Duma, en caso de que fuera convocada; aunque, todavía considerando posible «la inminente insurrección», todavía designándole un papel secundario en la lucha, «supeditando totalmente

la lucha parlamentaria a otra forma de lucha: la huelga, la insurrección, etc.», únicamente como palestra para «hacer agitación entre las masas». Después del golpe de Estado de Stolipin, en junio de 1907, Lenin analiza el período revolucionario entre 1905 y 1907:

«Ahora aparecen ante nosotros con absoluta claridad las dos fases de la revolución rusa: la fase de ascenso (1905) y la fase de descenso (1906-1907) (...): el período de ascenso 'anticonstitucional' (...) y el período de descenso 'constitucional'; el período de conquista y ejercicio por el pueblo de una libertad sin constitucionalismo policíaco (monárquico), y el período de sojuzgamiento y aplastamiento de la libertad popular mediante la 'Constitución' monárquica.

Ahora se ha perfilado plenamente ante nosotros el período de las ilusionesconstitucionalistas, el período de la primera y segunda Duma, y ya no resulta difícil comprender el significado de la lucha de *entonces* de los



socialdemócratas revolucionarios contra tales ilusiones. Pero *entonces*, en 1905 y a comienzos de 1906, esto no lo comprendían ni los liberales, en el campo burgués, ni los mencheviques, en el proletario»(18).

El «régimen del 3 de junio» significaba el fin del prolongado repliegue de la revolución y el paso a la ofensiva frontal de la contrarrevolución. La vía parlamentaria, la Duma, se presentaba entonces como el último reducto en el que emboscarse y desde el que servirse de punto de apoyo «para convertir el ascenso parcial en ascenso general, el movimiento sindical en un movimiento revolucionario y la defensiva frente a los *lock-out* en una ofensiva contra la reacción»(19).

Años más tarde (1920) y con la perspectiva que da el tiempo, Lenin valora -teniendo en cuenta el análisis del período 1905-1907 que otorga el punto de inflexión de la revolución en la derrota de diciembre de 1905- la utilización de la táctica del boicot por los bolcheviques, reconociendo que se equivocaron al proponer el boicot a la I Duma, cuando no cabían esperanzas, tras los sucesivos fracasos de los llamamientos a la insurrección(20), en un nuevo auge revolucionario en 1906 y la primera mitad de 1907:

«La experiencia rusa nos brinda una aplicación feliz y acertada (1905) y otra equivocada (1906) del boicot por los bolcheviques»(21).

Aunque la rectificación táctica llegó tarde para los bolcheviques, que se quedaron fuera de la I Duma, el IV Congreso aprobó, gracias a la mayoría menchevique, la participación parlamentaria del partido socialdemócrata, lo que obligó a aquéllos a dedicar más atención a las labores de la Duma y, a la larga, a estar en condiciones de extraer experiencias positivas para beneficio de la revolución: sobre todo, la idea de que la Duma «sirvió, aunque de manera modesta, a la revolución como tribuna de agitación para desenmascarar la verdadera `naturaleza íntima´ de los partidos políticos, etc.», cuando las circunstancias políticas, como son las de un contexto de repliegue general, «han demostrado que era imposible desarrollar la agitación de masas durante las elecciones y que, por el contrario, únicamente la Duma ofrecía cierta posibilidad para hacer agitación entre las masas»(22).

La insurrección

El último punto sobre la táctica política que se discutió con cierto detenimiento durante el IV Congreso del POSDR fue el relativo a la **insurrección armada**. Cuestiones como las guerrillas, la actitud hacia los partidos burgueses, los sindicatos o el movimiento campesino se despacharon con rápidos compromisos o «a título de inventario». Por ejemplo, el asunto de la actitud hacia los partidos burgueses se resolvió ratificando, simplemente, la resolución del Congreso Internacional de Amsterdam (agosto de 1904), en la que se prohibía a los partidos socialistas atenuar las contradicciones de clase con el fin

de facilitar el acercamiento a los partidos burgueses. Algo tan general no podía solucionar el problema de cuál era el límite, dentro del campo burgués, que separaba la revolución de la contrarrevolución en la Rusia de 1906.

En cuanto a la insurrección, los bolcheviques habían realizado un gran esfuerzo teórico para incorporar la experiencia de diciembre al acervo del marxismo. La principal conclusión consistía en que: «Por lo que toca a las formas precedentes de lucha, la huelga general y la insurrección son la `última palabra´ del movimiento popular de masas en Rusia»(23). Esto significaba, por un lado, que, como había dicho el propio Kautsky, era hora ya «de revisar las conclusiones de Engels, y que Moscú ha hecho aparecer una `nueva táctica de barricadas´» (24). Esta nueva táctica, añade Lenin, «es la táctica de las guerrillas»(25). Por otro lado, yendo del plano técnico al político, las luchas en las calles de Moscú habían demostrado que, «con el crecimiento posterior del movimiento, la huelga general pacífica ha resultado ser insuficiente y su empleo aparte no alcanza el propósito y quebranta las fuerzas del proletariado», de manera que «la huelga política general debe considerarse no tanto medio autónomo de lucha cuanto medio auxiliar respecto a la insurrección; que, en consecuencia, la elección del momento para una huelga de ese carácter, la elección del lugar y de las esferas del trabajo que ha de abarcar es deseable que se subordinen al momento y las condiciones de la forma principal de lucha, la insurrección armada»(26). La experiencia de Moscú, por tanto, había dejado anticuado el método de lucha basado en la «huelga-manifestación» y había puesto en primer lugar el consistente en combinar «huelga e insurrección».

Evidentemente, el modelo insurreccional que pusieron en el orden del día los obreros de la capital religiosa del imperio zarista no se correspondía, ni mucho menos, con el modelo clásico de barricadas que predominó en la Europa del XIX, época que Engels caracterizó como «de los ataques por sorpresa, de las revoluciones hechas por pequeñas minorías conscientes a la cabeza de las masas inconscientes»(27). Al contrario, como señaló Lenin en vísperas de la revolución de Febrero de 1917:

«La revolución rusa de 1905 justificó las palabras escritas por Kautsky en 1902 (cuando, por cierto, todavía era marxista revolucionario, y no como ahora, defensor de los socialpatriotas y oportunistas) en su libro *La revolución social*. He aquí lo que decía Kautsky:

«... La futura revolución... se parecerá menos a una insurrección por sorpresa contra el gobierno que a una guerra civil prolongada».

«Así sucedió! ¡Indudablemente, así sucederá también en la futura revolución europea»(28).

La «guerra civil prolongada» es el movimiento revolucionario ascendente de las masas que incorpora a cada vez más sectores del pueblo a la lucha, en sus diversas formas, y que utiliza la guerrilla como medio más alto (militar) de enfrentamiento para mantener la tensión de ese estado de «guerra civil» durante su ascensión, hasta

alcanzar las condiciones para la insurrección armada como momento álgido en el que convergen todos los esfuerzos y todas las armas (desde la huelga general política hasta la acción militar directa) para el derrocamiento del poder de la burguesía.

La guerra civil prolongada, que iniciaron el proletariado y el campesinado en Rusia en febrero de 1917 y que culminó con la insurrección de Octubre, fue la prueba de que los bolcheviques, al erigirse en su vanguardia, habían asimilado completamente las lecciones del período de octubre a diciembre de 1905.

Pero, en el Congreso de Estocolmo, la resolución sobre la insurrección no pudo llegar tan lejos. Las anteojeras burguesas impedían ver a los mencheviques, en toda su profundidad, el significado y el alcance de las luchas del proletariado ruso a lo largo de 1905. Así, durante los debates, en sus discursos siempre estaba presente la idea de la insurrección como conspiración. Lenin se llevaba las manos a la cabeza y exclamaba: «¡Qué afrenta para la socialdemocracia serán estos discursos sobre conspiración dedicados a un movimiento popular como la lucha de diciembre en Moscú!»(29). Subyacía entre ellos la tesis que emitió Plejánov nada más ser derrotada la insurrección: «no se debía haber tomado las armas». Desde luego, el arrepentimiento por haberse «dejado arrastrar» por los bolcheviques en los días cruciales de la revolución pesaba de manera manifiesta entre los delegados mencheviques en el Congreso: «Larin (menchevique) decía que, al actuar a la manera bolchevique, los mencheviques se habían equivocado en el período de octubre a diciembre»(30). Consecuentemente, los mencheviques trataron de aprobar una resolución rebajada desde el punto de vista de los principios que, aunque no negaba la insurrección, planteaba que su objetivo consistía en «arrancar los derechos por la fuerza» al gobierno autocrático, en lugar de «arrancarle el poder». Los bolcheviques ya habían cedido bastante en la comisión de resoluciones como para permitir un nuevo paso atrás en la línea política del partido, así que se sublevaron contra tanta desfachatez y la enmienda menchevique fue retirada. En definitiva, los seguidores de Plejánov (padre de la enmienda) trataron de «disuadir de la insurrección al pueblo, pero aparentando aceptarla "en público"»(31).

Meses después, Lenin valorará el fruto de los debates en torno a la insurrección, en el IV Congreso, en los siguientes términos:

«Por desgracia, a causa de la preponderancia del ala derecha entre los socialdemócratas rusos en el momento actual, en nuestro Partido se ha descuidado el problema de las acciones combativas. El Congreso de Unificación de la socialdemocracia rusa se dejó impresionar por las victorias de los demócratas constitucionalistas, no supo apreciar la significación revolucionaria de la presente situación y desatendió la tarea de sacar todas las conclusiones de la experiencia de octubre-diciembre. Pero la necesidad de aprovechar esta experiencia se planteó al Partido con mucho mayores

rapidez y agudeza de lo que pensaban tantos admiradores del parlamentarismo. La desorientación exhibida por los organismos centrales de nuestro Partido en un momento grave (se refiere a la disolución de la I Duma) era la secuela inevitable de semejante estado de cosas»(32).

La disolución de la I Duma, en efecto, demostró que la política del POSDR no estaba a la altura de las circunstancias, cuando «la situación impone de nuevo la necesidad de combinar la huelga política de masas con la insurrección armada»(33).

La unificación de los socialdemócratas en el Congreso de Estocolmo fue más bien formal. Los bolcheviques sólo consiguieron la victoria clara en una resolución, la relativa al artículo primero de los *Estatutos*, donde lograron la adopción de la fórmula leninista acerca



Sotsial-Demokrat, Órgano Central del POSDR a partir de su IV Congreso

de quién debía considerarse miembro del POSDR, frente a la martovista aprobada en 1903, en el II Congreso. En el resto de las resoluciones, los bolcheviques sólo pudieron, en general, llegar a conclusiones de compromiso. La línea política del POSDR adolecía, de esta manera, de una desviación oportunista de derecha. Sin embargo, las resoluciones daban un margen a los bolcheviques para intentar recuñicarlas en espíritu, sin atentar contra la letra, a la hora de llevarlas a la práctica. Lenin decía a los

bolcheviques que: «Las resoluciones del Congreso ofrecen amplia esfera de acción»; y que, partiendo de la más importante de ellas, la relativa a la insurrección armada - que los mencheviques no pudieron dejar de aceptar-: «Tenemos en nuestra manos el arma más poderosa para combatir cualquier entusiasmo por el constitucionalismo, cualquier exageración -parta de quien fuere- del papel 'positivo' de la Duma, cualquier exhortación de la extrema derecha de la socialdemocracia a la moderación y el comedimiento»(34).

El Comité Central elegido en el IV Congreso estuvo compuesto por 3 bolcheviques y 7 mencheviques, y el Órgano Central, *Sotsial-Demokrat* (El Socialdemócrata), sólo por mencheviques. Desde estas posiciones hegemónicas en la dirección del partido, la nueva mayoría se dedicó a lanzar orientaciones cuasi claudicantes para la revolución a lo largo de 1906, precisamente cuando todavía el movimiento de masas se resistía a morir y resurgía mediante espasmódicas respuestas a la ofensiva de la autocracia. Ante esto, Lenin inició una campaña, dentro del POSDR, por la convocatoria de un Congreso Extraordinario, a partir de junio de 1906, cuando la dirección menchevique aplaudió abiertamente la idea de un «gobierno apoyado en la Duma», es decir, un gobierno demócrata-constitucionalista. Esto significaba renunciar a la revolución democrática a cambio de un compromiso con la autocracia y Lenin no estuvo dispuesto a tolerar tal deserción ideológica por parte de la dirección del partido obrero. Además, después de fracasar la iniciativa liberal del «gabinete responsable» y después de disuelta la I Duma, el Comité Central menchevique se dedicó a lanzar consignas que daban a entender que se reconocía a la Duma como órgano de poder y que ésta era quien debía convocar la Asamblea Constituyente. Lenin argüía que esta táctica, que negaba la insurrección como base para la instauración de un Gobierno Provisional Revolucionario, que debía -y sólo él- convocar la Constituyente, había sido desobedecida por la mayoría de las bases del partido, desautorizando a su dirección. Por otra parte, desde el punto de vista de la organización, Lenin señalaba, también, que, después del Congreso de Estocolmo y gracias a la alineación con los bolcheviques de la socialdemocracia letona y polaca, y a causa de los errores mencheviques, la mayoría del partido estaba a favor de la línea política defendida por los bolcheviques. Todo esto justificaba la inmediata convocatoria de un Congreso Extraordinario.

Los amigos y los enemigos de la revolución

El POSDR volvió a quedar dividido inequívocamente cuando, desde principios de septiembre, los bolcheviques reanudaron la publicación de su Órgano Central, *Proletari*. Desde esta tribuna, consiguieron sensibilizar a la mayoría del partido sobre la necesidad del nuevo Congreso, que se reunió en Londres entre el 13 de mayo y el 1 de junio de 1907, esta vez, efectivamente, con

mayoría bolchevique (35).

En el V Congreso, el POSDR rectificó su línea política, aunque la abigarrada resistencia menchevique, apoyándose en el *Bund* y en el grupo de Trotski, consiguió que se eliminasen del orden del día algunos problemas generales necesarios para fundamentar la táctica del partido en la revolución democrático-burguesa. Los bolcheviques, sin embargo, consiguieron introducir, en este campo, el punto relativo a la «actitud hacia los partidos burgueses», que los mencheviques lograron apartar en el IV Congreso. En torno a esta cuestión, estrechamente unida a la referente a «la Duma de Estado», se verificó la rectificación de la táctica del partido obrero de Rusia en el Congreso de Londres.

El punto de partida de los bolcheviques, que venían defendiendo desde 1905, era la visión de la revolución rusa que tenía la socialdemocracia, a la que otorgaba un carácter democrático-burgués; pero para ellos, al contrario que para los mencheviques, sólo el proletariado aliado con la democracia revolucionaria (el campesinado) y neutralizando la inestabilidad de la burguesía liberal, podía llevar a término esa revolución. «Este planteamiento de la cuestión -decía Lenin en el Congreso- hecho ya a principios de 1905 -me refiero al III Congreso del POSDR, en la primavera de 1905-, fue plenamente confirmado por los acontecimientos de las más importantes etapas de la revolución rusa. Nuestras deducciones teóricas se confirmaron en los hechos en el curso de la lucha revolucionaria. En el momento de máximo ascenso, en octubre de 1905, el proletariado marchaba a la cabeza, la burguesía vacilaba y zigzagueaba, y el campesinado destruía las fincas de los terratenientes. En los órganos embrionarios del poder revolucionario (los Soviets de diputados obreros, los Soviets de diputados campesinos y soldados, etc.) participaban principalmente los representantes del proletariado y luego los elementos avanzados del campesinado insurrecto. Durante la I Duma, el campesinado formó en seguida el democrático Grupo del 'Trabajo', más izquierdista, es decir, más revolucionario que los liberales, que los demócratas constitucionalistas. Durante las elecciones para la II Duma, los campesinos derrotaron por completo a los liberales. El proletariado marchaba delante y el campesinado se movía tras él, más o menos decididamente, contra la autocracia y contra los vacilantes liberales» (36). En realidad: «La gran revolución rusa no puede terminar hasta que los campesinos obtengan tierras en proporciones un tanto suficientes y hasta que las masas populares logren la influencia principal en la administración del Estado»(37). Y los *kadetes* (así eran denominados los miembros del liberal Partido Demócrata Constitucionalista), mayoritarios en la I Duma, se habían negado a cuestionar la propiedad terrateniente y a promover la revolución campesina, por un lado, y se habían ido apartando de la consigna de Asamblea Constituyente, para ir reconociendo y concediendo poco a poco legitimidad a la Duma del zar, por otro.

En estas condiciones, la «actitud hacia los

partidos burgueses» era una cuestión cardinal para la revolución, pues se trataba de que el proletariado tomase clara conciencia de cuál era la línea divisoria, dentro del campo burgués, que separaba la revolución de la contrarrevolución. Los mencheviques, interpretando que «el motor principal de la revolución burguesa es la burguesía, y que el proletariado únicamente está capacitado para actuar como 'oposición extrema'» y que, por tanto, «no puede hacerse cargo de la realización independiente de esta revolución ni asumir su dirección»(38), eran partidarios de apoyar al Partido Demócrata Constitucionalista; es decir, planteaban la línea divisoria, dentro del campo burgués, entre los *kadetes* y la Unión del 17 de Octubre (*octubristas*), el partido de los terratenientes y los industriales que, tras el segundo Manifiesto del zar, emitido el 30 de octubre (17 de octubre, según el viejo calendario) de 1905, en pleno ascenso de la huelga general política, en el que prometía «libertades civiles» y una «Duma legislativa» (la primera), había considerado suficientes esas «concesiones» de la autocracia y se había separado de la vía liberal-constitucionalista propuesta por los *kadetes*(39).

Para los bolcheviques, por el contrario, una cosa eran las tareas de la revolución y otra muy diferente qué clase debía dirigirla. Deducir lo uno de lo otro, como hacían los mencheviques, «sería una vulgarización del marxismo, sería no comprender la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía», cuando el proletariado ha empezado a «tener conciencia de constituir una clase aparte y a unirse en una organización de clase, independiente», cuando el proletariado, en tales condiciones, «utiliza cada paso de la libertad para reforzar su organización de clase *contra* la burguesía. De ahí deriva inevitablemente la aspiración de la burguesía a suavizar las aristas de la revolución, a no permitir que sea llevada a su fin, a no dar al proletariado la posibilidad de realizar su lucha de clase con toda libertad (...). Por eso, en el mejor de los casos, en las épocas de mayor ascenso de la revolución, la burguesía constituye (...) un elemento que vacila entre la revolución y la reacción. De manera que la burguesía no puede ser el dirigente de nuestra revolución»(40).

Además, la revolución rusa presenta una peculiaridad especial: «la agudeza del problema agrario, mucho más exacerbado en Rusia de lo que fuera en cualquier otro país en condiciones similares. La llamada reforma campesina de 1861 se llevó a cabo de modo tan inconsecuente y antidemocrático que las bases fundamentales de la dominación de los terratenientes bajo el régimen de la servidumbre no fueron conmovidas. Por eso el problema agrario, o sea, la lucha de los campesinos contra los terratenientes por la tierra, resultó ser una de las piedras de toque de la actual revolución. Esta lucha por la tierra forzosamente impulsa a enormes masas campesinas a la revolución democrática, pues sólo la democracia puede darles la tierra, al darles predominio en el Estado. La condición para la victoria del campesinado es el aniquilamiento total de la propiedad de los terratenientes.

De esta correlación de las fuerzas sociales surge la inevitable conclusión de que la burguesía no puede ser

el motor principal ni el dirigente de la revolución. Sólo el proletariado está en condiciones de llevarla hasta el fin, es decir, hasta la victoria completa. Pero esta victoria puede lograrse únicamente a condición de que el proletariado consiga llevar tras de sí a gran parte del campesinado. La victoria de la actual revolución es posible en Rusia sólo como dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado»(41).

Desde este análisis, los bolcheviques establecían la línea que separaba la revolución de la contrarrevolución, en el seno de la burguesía, entre los *kadetes* y la democracia revolucionaria, el campesinado. Por tanto, la tarea del proletariado consistía en atraerse al campesinado alejándolo de la influencia de la burguesía liberal, que vacilaba entre la autocracia y al revolución.

Parlamentarismo y revolución

Con esta perspectiva, cuando el estado del movimiento aconsejaba la participación de los representantes del proletariado en la Duma, los marxistas revolucionarios se aprestaron a aplicar esa táctica a las condiciones del parlamentarismo.

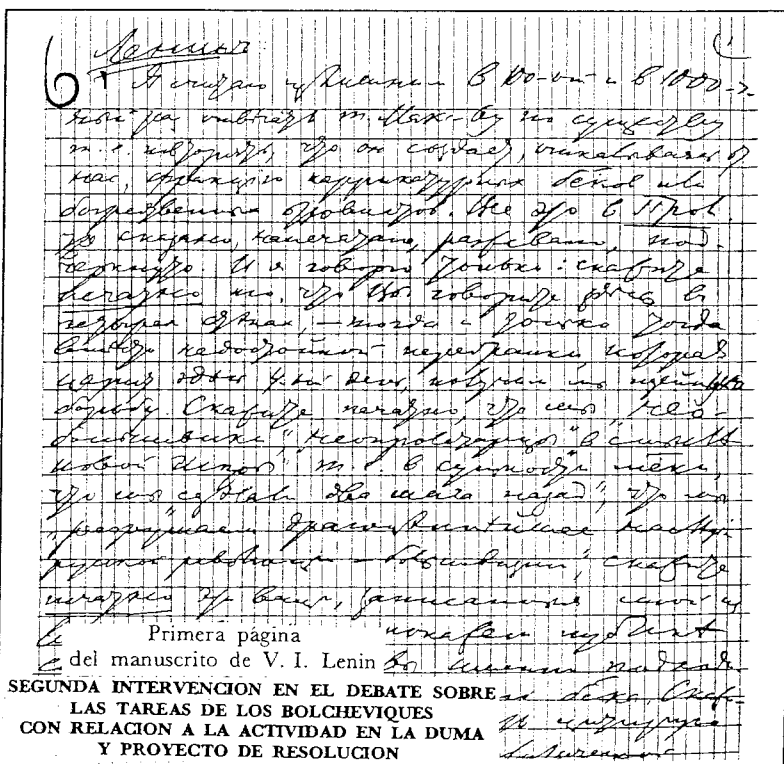
La Duma de Witte (así llamada porque quien la convocó fue el Presidente del Consejo de Ministros, S. Y. Witte) estuvo dominada por el Partido Demócrata Constitucionalista. Como ya se ha señalado, los bolcheviques trataron de repetir el éxito del boicot a la Duma de Bulguin también en esta ocasión, pero fracasaron; en parte, debido a las ilusiones constitucionalistas por las que se dejaron llevar los mencheviques, y, en parte, por la traición de la burguesía liberal, que quiso poner coto a la revolución. Sin embargo, la política de componenda con la autocracia desenmascaró a los *kadetes* de la I Duma, que fueron barridos en la elecciones para la II Duma(42). Ésta, que se inauguró el 5 de marzo de 1907, presentó un aspecto político más polarizado, con un reforzamiento de la derecha (octubristas y centurionegristas) y de la izquierda (trudoviques, populistas y socialdemócratas), a costa del «centro» liberal demócrata constitucionalista. Contra los cálculos del zar y de su Primer Ministro, Stolipin, la II Duma presentaba un aspecto más izquierdista que la primera, gracias al mejor deslindamiento entre los partidos y a la presencia, por vez primera, de 18 diputados bolcheviques (entre los 65 que formaban el grupo socialdemócrata).

Uno de los fenómenos más característicos de la I Duma fue la precisa organización de la democracia pequeñoburguesa, campesina y revolucionaria, como fuerza política a través de la configuración del «Grupo del Trabajo» (los llamados *trudoviques*)(43). Se había producido, en consecuencia, la separación política necesaria entre la burguesía liberal y la burguesía revolucionaria. De lo que se trataba, de cara a la II Duma, era aislar a aquella para atraerse a ésta a las filas de la revolución. Lenin explicaba que, en las elecciones y en la

Duma, el partido proletario debía combinar dos principios tácticos fundamentales para preparar el triunfo definitivo sobre la autocracia:

En primer lugar, «para alcanzar sus objetivos socialistas fundamentales y también los objetivos políticos inmediatos, la socialdemocracia, como partido de clase del proletariado, debe incuestionablemente seguir siendo independiente, formar en la Duma el grupo del Partido Socialdemócrata, y en ningún caso fusionar sus consignas ni su táctica con las de ningún otro partido opositorista o revolucionario». En segundo lugar, la socialdemocracia debía continuar la lucha fuera de la Duma «para acrecentar la conciencia de clase del proletariado, fortalecer y ampliar su organización, seguir desenmascarando ante el pueblo las ilusiones constitucionalistas y propiciar el desarrollo de la revolución»; la socialdemocracia debía «explicar al

considerados como de carácter general y de obligado respeto y cumplimiento para todos los leninistas de ayer y de hoy. El primero de ellos, el relativo a la defensa incólume de la **independencia** política de los principios de clase del proletariado, es el principal y el que guía toda posterior actividad electoral o parlamentaria del partido revolucionario. Naturalmente, estas normas tácticas no deben interpretarse en abstracto, sino que es preciso que sean aplicadas en lo concreto, en función de las circunstancias políticas y jurídicas específicas. En el caso de las elecciones a la II Duma -así como a las de las dos Dumas subsiguientes-, Lenin distinguía, teniendo en cuenta la correlación de fuerzas políticas, la posición de éstas en relación con la revolución y el sistema electoral indirecto impuesto por la autocracia, dos pasos o dos momentos en los que los principios tácticos podían reflejarse de diferente forma, desde el punto de vista de la política de alianzas del partido proletario con los partidos burgueses.



En primer lugar, la etapa de las elecciones en la curia obrera y campesina. Aquí, Lenin exige la absoluta independencia de los candidatos marxistas; mientras que, en segundo lugar, en la etapa de las elecciones de los compromisarios elegidos en las curias, los bloques con los delegados campesinos o, en su caso, con los liberales, podían ser permitidos:

«Así pues, el análisis del sistema electoral vigente prueba que los bloques en las etapas iniciales de las elecciones son particularmente inconvenientes en las ciudades y no son necesarios. En el campo, en las etapas iniciales (...) los bloques son a la vez inconvenientes y por completo innecesarios. Tienen una importancia política decisiva las asambleas distritales de delegados y las asambleas provinciales de compromisarios. Aquí, es decir, en las etapas finales, los acuerdos particulares

pueblo la completa ineptitud de la Duma como medio de satisfacer las reivindicaciones del proletariado y la pequeña burguesía revolucionaria, especialmente el campesinado», y, una vez en la Duma, la socialdemocracia «debe pasar a primer plano la labor crítica de propaganda, agitación y organización del grupo socialdemócrata», subordinando a estos fines la labor puramente «legislativa», y «al exponer la esencia burguesa de todos los partidos no proletarios y oponer a sus proyectos de ley, etc., los propios, la socialdemocracia debe a la vez luchar constantemente contra la hegemonía de los demócratas constitucionalistas en el movimiento emancipador, obligando a la democracia pequeñoburguesa a elegir entre el democratismo hipócrita de los demócratas constitucionalistas y el democratismo consecuente del proletariado»(44).

son necesarios y posibles, sin que atenten contra los principios partidistas: ha terminado la pugna entre las masas y no se requiere defender directa o indirectamente ante ellas una política apartidista (*sic*) (ni siquiera declarar su licitud) ni se corre el menor riesgo de velar la política de clase estrictamente independiente del proletariado»(45).

Los bloques («de izquierda») que proponía Lenin en esa fase ulterior de la elecciones debían ser propuestos, en todo caso, a los partidos de la revolución campesina, los *eseristas*, *enesistas* (escisión derechista de aquéllos) y *trudoviques* (dirigentes campesinos sin partido). «Sólo en casos de extrema necesidad y en condiciones particularmente restrictivas es posible apartarse de esta tesis general»(46); es decir cuando el número de compromisarios socialdemócratas y campesinos no pudiera evitar, con su alianza, la victoria de la derecha

Estos dos principios tácticos deben ser

(octubristas y centurionegrístas), entonces, podrían concertarse bloques con el «centro» burgués, con los demócratas constitucionalistas.

El POSDR se reunió en su II Conferencia (denominada «Primera para toda Rusia», porque en ella participaron conjuntamente las dos fracciones), en noviembre de 1906, también en Tammerfors, para abordar la táctica socialdemócrata de cara a la II Duma. En esta ocasión, la mayoría menchevique rechazó la plataforma táctica de Lenin y resolvió la búsqueda de acuerdos electorales con los *kadetes* ya en la primera etapa de las elecciones. Lenin protestó y presentó su *Opinión particular*, que se adjuntó a las actas (aunque luego no fue publicada con ellas por los mencheviques), donde insistía en la necesidad de no establecer bloques al principio y, después, sólo con la democracia revolucionaria.

Finalmente, ya dentro de la Duma y siguiendo el principio de la salvaguarda de la independencia partidista del marxismo, Lenin propugnó la creación de un grupo socialdemócrata aparte, que explicase «al pueblo el carácter de clase de todos los partidos no proletarios (y en particular para denunciar la naturaleza contrarrevolucionaria y traidora del Partido Demócrata Constitucionalista)», y que, sobre la base de las reivindicaciones de «república democrática», «jornada de ocho horas» y «confiscación de todas las tierras de los terratenientes en beneficio de los campesinos»(47), buscarse la formación de un «bloque de izquierda» con los partidos de la democracia campesina.

La idea de «bloque de izquierda» había surgido en el período de la I Duma, cuando las esperanzas de un nuevo auge del movimiento revolucionario inmediato se iban viendo frustradas y era preciso emplear métodos que mantuviesen abierta la expectativa revolucionaria entre las masas. Tomando el pulso de la situación entre éstas y después de observar el alineamiento de los partidos en la cámara del Palacio de Táurida, sobre todo la posición más radical de los *trudoviques*, Lenin lanzó la consigna, hacia junio de 1906, de creación de un «comité ejecutivo que represente a los partidos de izquierda de la Duma con el fin de coordinar las actividades de las organizaciones espontáneas del pueblo»(48). De hecho, una de las experiencias más importantes de la I Duma fue la de aprender a manejar las alianzas de clase en ese foro, y a conseguirlo con mayor éxito incluso que en la calle. No cabe duda de que ésta fue una de las razones principales que movió a Lenin a abandonar la táctica del boicot y a promover la participación en la II Duma. El caso es que, de la consigna de unidad de acción entre el partido obrero y los partidos campesinos -que era consecuencia directa de la política de alianzas de proletariado hacia el campesinado en función de la «dictadura democrática» conjunta de estas dos clases- fuera de la Duma, Lenin derivó, cuando la vía parlamentaria se iba convirtiendo en el mejor y casi único medio de agitación entre las masas, la política de bloque de izquierda entre el proletariado y el campesinado, frente a la línea oportunista de los mencheviques de «coordinación de la acción» con los representantes de la burguesía capitalista (el partido

kadete).

Llegados a este punto, resulta del todo imposible eludir la cuestión de la aplicación de la táctica leninista en materia electoral y parlamentaria en un país como España en la época actual. Es preciso insistir en el carácter que adopta esa táctica en la etapa de la revolución en la que nos hallamos, en la etapa de la Reconstitución del Partido, cuando el problema no consiste tanto en **salvaguardar** la independencia de una táctica cuanto en **elaborar** esa táctica; cuando no se trata tanto de defender la independencia de la **política** proletaria cuanto de su **ideología**, cuando ésta ni siquiera ha conseguido expurgar la molición que la contamina ni desasirse de las correas que la tienen maniatada, cuando décadas de revisionismo la han convertido en una corriente pequeñoburguesa más, cuando de lo que se trata es de que el proletariado vuelva a recuperarla depurada como su principal arma en la lucha de clases.

En estas circunstancias, lo primero y lo principal no es tanto la «independencia de la política proletaria» como la **independencia de su vanguardia ideológica**, la independencia de los destacamentos que perseveran por restituir al comunismo su condición teórica y política de instrumento para la lucha proletaria, la independencia y el libre desenvolvimiento de la lucha de dos líneas en el seno de esta vanguardia. Sin esto, no hay ni puede haber una correcta utilización revolucionaria de las elecciones o, llegado el caso, del parlamentarismo. Naturalmente, la piedra de toque, el prisma desde el que debe observarse cualquier maniobra en el campo de la lucha dentro de las instituciones legales de la burguesía, principalmente las elecciones y el parlamento, es el de las tareas que exige la Reconstitución, el Plan de Reconstitución del Partido Comunista.

Como en este país la mayoría de las organizaciones comunistas no comprenden o no quieren comprender la *Tesis de Reconstitución*, ni las tareas que impone -incluido el estudio y asimilación de la historia y de la teoría del comunismo- no llegan a captar el espíritu de los principios de la ideología proletaria, ni el de su aplicación práctica. En este sentido y en lo que se refiere a la lucha parlamentaria, hay una corriente que se empeña en «utilizar» la lucha electoral a toda costa (corriente representada, sobre todo, por el Frente Marxista-Leninista de España y por la Organización Leninista), sin reparar en el estado político en el que se encuentra la clase obrera ni su vanguardia, sin reparar que su actitud permite que el proletariado, en realidad, «sea utilizado» por la burguesía al fomentar las «ilusiones constitucionalistas» y el «cretinismo parlamentario».

Esta corriente no comprende que la primera misión de la vanguardia proletaria consiste en explicar a las masas la posición histórica del parlamentarismo frente a la Dictadura del Proletariado. Una vez realizado esto, y sólo entonces, podrá utilizarse políticamente el parlamentarismo; sólo entonces los principios ideológicos de clase estarán lo suficientemente deslindados como para

está apelando a la «responsabilidad» burguesa del ciudadano y no a la «conciencia de clase» del proletario.

Para aplacar la «repulsa involuntaria» de quienes no comprenden la necesidad actual del boicot electoral en España, diremos que la consigna de boicot que defiende el PCR no implica ninguna «renuncia pasiva» a la actividad política. Sólo así pueden pensar quienes no ven otra forma de actividad política que la que enmarca la legalidad burguesa. El boicot que propugna el PCR es un **boicot activo** (52). Si los bolcheviques, en el período 1905-1906, entendían el boicot como la suma de la abstención más la agitación revolucionaria de las masas, nosotros lo vemos, en las circunstancias actuales, como la suma de la **abstención más la lucha de la vanguardia por la Reconstitución del PCE**. Toda la propaganda y toda la agitación, en período electoral y fuera de él, debe orientarse en función de este último objetivo. Los comunistas españoles de hoy tienen planteado un dilema o una cuestión a la que deben responder insoslayablemente:

«(...) la lista común (que es el mejor de los casos, es decir, cuando algún verdadero comunista pueda ir en una lista electoral no comunista) estará en flagrante contradicción con toda la política independiente, de clase, del Partido Socialdemócrata (Comunismo). Al aconsejar a las masas una lista común de demócratas constitucionalistas (léase, «progresistas» de IU, «comunistas» del PCPE y el PCC o las «candidaturas progresistas» que apoya el FM-LE en las localidades pequeñas) y socialdemócratas, inevitablemente confundimos al extremo la claridad en cuanto a las divisiones de clase y políticas. ¡Minamos la significación de principios y revolucionaria general de nuestra campaña, para asegurar a un liberal un escaño en la Duma! Supeditamos la política de clase al parlamentarismo, en lugar de supeditar el parlamentarismo a la política de clase. Nos privamos de la posibilidad de hacer el cálculo de nuestras fuerzas. Perdemos lo que hay de permanente y firme en toda elección: el desarrollo de la conciencia y la cohesión del proletariado socialista. Ganamos lo que es transitorio, relativo e inseguro: la superioridad del demócrata constitucionalista sobre el octubreista.

¿Por qué motivo hemos de arriesgar la consecuente labor de educación socialista? ¿Por el peligro de los candidatos centurionegristas?» (53).

¿Por qué, señores del Frente y de la OL, hemos de arriesgar la consecuente labor de educación comunista entre los obreros avanzados (esa «pugna por las masas» que nos propone Lenin) en los períodos electorales, pues eso es lo que ustedes arriesgan cuando piden el voto en blanco (en las generales) o el apoyo a la campaña y a la candidatura «más progresista» (municipales)? ¿Para «que no gane la derecha»? ¿por «el peligro del fascismo»? ¿o para declarar la «neutralidad» del comunismo en la pugna

electoral, como si los comunistas fuésemos modélicos ciudadanos burgueses?».

La política del oportunismo se caracteriza por que toda ella tiende a cercenar la independencia de la política proletaria y a convertirla en mero apéndice de la burguesa. En el terreno parlamentario, esto se manifiesta, en la actual etapa de la revolución, en la propaganda por la participación de las masas en las elecciones, postura que les da a entender que sus problemas pueden ser planteados y solucionados en términos parlamentarios, postura que cultiva en ellas la ilusión de que su situación socio-económica y su posición política pueden verse reflejadas en el parlamento. Esta postura significa, objetivamente, deslizar la política proletaria al campo de la burguesía, significa renunciar a elaborar una política proletaria propia e independiente, renunciar a la «pugna entre las masas»

¡NO VOTÉIS!

Ninguna de las candidaturas representa los intereses reales de nuestra clase.

"Decidir una vez cada cierto número de años qué miembros de la clase dominante han de oprimir y aplastar al pueblo en el Parlamento: ésta es la verdadera esencia del parlamentarismo burgués..." (Lenin)

¡Abajo la dictadura de los capitalistas!

Preparémos la Revolución y conquistémos la Dictadura del Proletariado para liberarnos de la esclavitud capitalista

¡POR LA RECONSTITUCIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA!

Partido Comunista Revolucionario

Capitalismo = explotación, miseria, paro y terror contra los trabajadores

Esta democracia es de los ricos y para los ricos

Las actuales Elecciones Generales con todas sus candidaturas sólo sirven para reforzar la dictadura de la burguesía

¡NO VOTAR!

La única solución es la Revolución Socialista

¡Preparémos la conquista de la Dictadura del Proletariado!

¡Estudiar y aplicar el Marxismo-Leninismo, combatiendo a todo oportunismo y revisionismo!

¡Desarrollar la lucha de la clase obrera, con el fin principal de Reconstituir el Partido Comunista!

Partido Comunista Revolucionario

¡Proletarios de todos los países, uníos!

La Forja



Órgano Central del Partido Comunista Revolucionario

Año II Mayo 1995 N° 6 200 pts.

levantando la bandera del comunismo, significa hacer creer que la lucha entre intereses dentro del marco constitucional refleja o expresa la lucha entre intereses antagónicos de la burguesía y el proletariado, significa que los comunistas no debemos ir a la clase explicando el problema del Partido Comunista y la necesidad de su Reconstitución, sino con patrañas sobre la idoneidad de un parlamento «más a la izquierda», o sobre el «peligro del fascismo», etc. Significa, en resumidas cuentas, supeditar «la política de clase al parlamentarismo, en lugar de supeditar el parlamentarismo a la política de clase».

La campaña electoral es un momento de apertura política que los comunistas deben aprovechar para desenmascarar a los partidos de la burguesía y del oportunismo ante los ojos de la clase obrera, y para presentar ante ésta una política proletaria independiente,

con tareas propias, principalmente la Reconstitución del PCE.

Por estas razones, ante la propagación de las ilusiones constitucionalistas -a costa de la propaganda por la Dictadura del Proletariado- y del cretinismo parlamentario -a costa de la agitación de la lucha de clases- que los oportunistas practican en los períodos de campaña electoral, los comunistas deben «desplegar con toda energía y con toda ostensibilidad su bandera de protesta y advertencia, lo cual significa justamente renunciar a la participación, no acudir ellos mismos a las elecciones y disuadir al pueblo de hacerlo».

La prédica de las ilusiones parlamentarias como expresión y ejemplo del oportunismo, sin embargo, no puede evitar que los oportunistas consecuentes nos muestren, para gloria del proletariado y su causa revolucionaria, adónde llega inevitablemente su renuncia a los principios de la clase. Así, por ejemplo, el FM-LE ha encontrado la horma de su zapato en el *affaire Manzanero*. Y es que no puede esperarse otra cosa, predicando el «peligro del fascismo» y el fetichismo del voto, que éste adopte, a la larga, un valor en sí mismo, que vaya, poco a poco, pasando de ser instrumento de una política para sustantivarse y ordenar toda la política en su torno (electoralismo). Como «votar por votar», en realidad, no tiene sentido en sí mismo, se pasa a la doctrina de la «economía del voto», cuyo principal principio es el «voto útil», y de pedir el voto en blanco o para «las candidaturas progresistas», se pasa a solicitarlo para el PSOE, como hizo el *frentista* Manzanero en las últimas elecciones generales. Y por mucho que se rasguen las vestiduras sus colegas del Frente(54), sepan que el *caso Manzanero* expresa consecuentemente el fruto de sus posiciones oportunistas en materia de táctica electoral, por un lado, y que, por otro, no es más que el corolario de una práctica de mercadeo político sin el menor pudor ni respeto por la integridad de los principios ideológicos del comunismo.

El señor Antonio de Miguel, dirigente del FM-LE, dice (¡ffjense!), criticando la consigna de abstención electoral:

«Lenin nos enseñó que: el Parlamento tenía y tiene una gran importancia como la arena de la lucha política que permite a las masas realizar su educación»(55).

¡Toda la experiencia bolchevique por la borda! La tesis leninista de que la lucha directa de las masas es lo principal y de que el parlamentarismo, aunque necesario a veces, es secundario en la lucha de clases proletaria(56) se va al garete con este «genial» resumen de la táctica de los bolcheviques en relación con el parlamento (permítasenos ponerlo con minúscula). ¡La educación de las masas se realiza a través del parlamentarismo! No merece la pena ser comentada tal abjuración de la doctrina revolucionaria. Esperamos que el lector encuentre en este trabajo, tal vez demasiado extenso, pero necesario visto cómo algunos «resumen» la historia del bolchevismo, elementos suficientes para juzgar por sí mismo cuál es la línea justa a

la hora de esclarecer la táctica del partido revolucionario en materia electoral en la etapa actual de nuestra revolución.

La defensa del Partido

La retirada ideológica que iniciaron los mencheviques a partir de la insurrección fracasada de diciembre de 1905 y que expresaron en su plataforma política en la primavera de 1906, en el IV Congreso del POSDR, tuvo su prolongación más inmediata cuando, en agosto de este año, el menchevique Axelrod inició una campaña por la convocatoria de un «congreso obrero».

La idea de «congreso obrero» consistía en reunir un congreso de representantes de diferentes organizaciones obreras y fundar en él un «amplio partido obrero» legal que estaría integrado por socialdemócratas, eseristas y anarquistas. Esta propuesta -tal como rezaba la resolución que el V Congreso aprobó al respecto- iba «dirigida a destruir el Partido Obrero Socialdemócrata y a sustituirlo por una organización política apartidista del proletariado»(57). Naturalmente, este proyecto significaba la liquidación del POSDR, sobre todo en lo referente a su organización clandestina; significaba la liquidación de décadas de trabajo de la vanguardia revolucionaria rusa, pues la parte ilegal del partido era la que constituía su núcleo principal y donde se hallaba su centro dirigente.

Lenin circunscribe el surgimiento de esta corriente liquidacionista, dentro de la socialdemocracia rusa, en el marco de un contexto general de desánimo en las filas de la revolución en su fase de repliegue general:

«Después de la derrota de la insurrección de diciembre, la expresión más destacada de los ánimos contrarrevolucionarios en la democracia fue el viraje de los demócratas constitucionalistas, quienes, echando por la borda la consigna de la asamblea constituyente (...), lanzaron toda suerte de insultos y difamaciones contra los participantes y los ideólogos de la insurrección armada. Después de la disolución de la Duma y del fracaso de los movimientos populares de julio, lo nuevo -en el estado de ánimo contrarrevolucionario entre los demócratas- ha sido la definitiva separación del ala derecha de los eseristas y la formación del Partido 'Socialista Popular' (*enesista*) semidemócrata constitucionalista. Después del primero y gran ascenso de octubre-diciembre, los demócratas constitucionalistas salieron de las filas de la democracia militante, combatiente. Después del segundo y pequeño ascenso de mayo-junio, empezaron a salir de ella los enesistas»(58).

En las filas de la socialdemocracia, por su parte:

«Elementos de tipo filisteo, pequeñoburgués, están cansados de la revolución. Vale más una legalidad pequeña, gris, pobre, pero tranquila, que una turbulenta sucesión de impulsos revolucionarios y de ferocidad contrarrevolucionaria. En los partidos revolucionarios esta aspiración se manifestaba en el deseo de reformarlos.

Dejemos que el núcleo fundamental del partido sean los filisteos: 'el partido debe ser un partido de masas'. ¡Abajo la ilegalidad, abajo la clandestinidad, que entorpece el 'progreso' constitucional! Los viejos partidos revolucionarios deben ser legalizados. Para ello se necesita una reforma a fondo de sus programas en dos direcciones principales: política y económica. Hay que echar por la borda la reivindicación de la república y de la confiscación de la tierra, dejar a un lado la exposición claramente definida, intransigentemente delineada y asequible de la meta socialista y presentar el socialismo como una 'perspectiva lejana' (...)

«La cosa está clara. Los dirigentes veteranos tienen vergüenza de confesar abiertamente que desean modificar el programa del Partido para pasar a la legalidad. En fin, digamos, arrojar por la borda la república, la asamblea constituyente y la mención de la dictadura socialista del proletariado, añadir que el Partido lucha solamente por medios legales (como se decía en el programa de los socialdemócratas alemanes antes de la Ley de excepción), etc. 'Entonces el Partido saldrá de su existencia clandestina' -eso se imaginan los 'dirigentes veteranos', entonces se dará cima a la transición de la ilegalidad 'conservadora', de la actuación revolucionaria, de la existencia clandestina, a la legalidad constitucional 'progresista'. Tal es, en efecto, la esencia pudorosamente oculta del congreso obrero. El congreso obrero es el cloroformo que los dirigentes veteranos prescriben a los socialdemócratas 'conservadores' para poder someterlos sin dolor a la operación que los señores Peshejónov (enesista) han practicado ya sobre el Partido Socialista Revolucionario»(60).

Las causas de la enfermedad liquidacionista que asolaba al POSDR eran, para Lenin, de tres tipos:

«1) el cansancio intelectualoide-filisteo ante la revolución»(61).

«2) la peculiaridad del oportunismo socialdemócrata ruso, cuyo desarrollo histórico tiende a subordinar el movimiento 'netamente obrero' a la influencia de la burguesía (...). Tomen la primera forma histórica del oportunismo socialdemócrata ruso. Los comienzos del movimiento obrero de masas (segunda mitad de la década del 90 del siglo pasado) engendraron este oportunismo en forma de 'economismo' y 'struvismo' (...). El famoso Credo de Prokopóvich yKuskova (1899-1900) la expresó con mucha claridad: que la intelectualidad y los liberales se hagan cargo de la lucha política, y los obreros, de la económica. El partido político obrero es un invento del intelectual revolucionario (...).

Actualmente, en un nivel superior de desarrollo, observamos lo mismo. Los bloques con los demócratas constitucionalistas -en general la política de apoyo a los demócratas constitucionalistas- y el congreso obrero apartidista son las dos caras de una misma medalla, vinculadas entre sí como lo están el liberalismo y el

movimiento netamente obrero en el Credo. En la práctica, el congreso obrero apartidista expresa la misma tendencia capitalista de debilitar la independencia de clase del proletariado y subordinarlo a la burguesía. Esta tendencia aparece con toda nitidez en los planes de sustituir la socialdemocracia por una organización obrera apartidista o someterla a esta última»(62). Efectivamente: «Bloques con los demócratas constitucionalistas y congreso obrero apartidista: no es otra cosa que el Credo de 1899, reeditado en 1906-1907»(63).

«3) las tradiciones no digeridas de la revolución de octubre en Rusia (...). La revolución burguesa creó en Rusia unas peculiares organizaciones de masas del proletariado, que no se parecen a las habituales en Europa (sindicatos obreros y partidos socialdemócratas). Son los Soviets de diputados obreros.



Rabóchaya Gazeta (La Gaceta Obrera), periódico clandestino bolchevique publicado entre noviembre de 1910 y agosto de 1912, desde el que se entabló la lucha contra el liquidacionismo y el otzovismo y desde el que se preparó la VI Conferencia del POSDR

Desarrollando esquemáticamente tales instituciones en un sistema (como lo haría Trotski), o simpatizando en general con el ascenso revolucionario del proletariado y apasionándose por la frase 'de moda' del 'sindicalismo revolucionario' (como algunos partidarios moscovitas del congreso obrero), es fácil llegar por un camino no oportunista, sino revolucionario, a la idea de congreso obrero.

Pero eso sería una actitud acrítica ante la grande y gloriosa tradición revolucionaria.

En la práctica, los Soviets de diputados obreros e instituciones similares fueron órganos de la insurrección. Su fuerza y su éxito dependían enteramente de la fuerza y el éxito de la insurrección. Su surgimiento no fue una comedia, sino una hazaña del proletariado, sólo entonces cuando la insurrección se estaba desarrollando. En un nuevo ascenso de la lucha, en la transición de ella a *esta fase*, dichas instituciones son, por supuesto inevitables y convenientes. Pero su desarrollo histórico no debe expresarse en un desarrollo esquemático de los Soviets locales de diputados obreros hasta llegar al congreso obrero de toda Rusia, sino en la transformación de los órganos embrionarios del poder revolucionario (y los Soviets de diputados obreros fueron eso precisamente) en órganos centrales del poder revolucionario victorioso, en Gobierno Provisional Revolucionario. Los Soviets de diputados obreros y su unión son necesarios para la victoria de la insurrección. La insurrección victoriosa creará inevitablemente *otros órganos*»(64).

El V Congreso del POSDR calificó a los defensores del «congreso obrero» como «corriente anarcosindicalista en el proletariado». Pero uno de los aspectos más interesantes de la polémica en torno al «congreso obrero» fue que los bolcheviques hubieron de afinar al máximo su concepción del partido proletario revolucionario para enfrentarla a la de los mencheviques antipartido. Tanto más interesantes por cuanto que tienen plena vigencia y tocan puntos candentes del actual debate sobre la Reconstitución del Partido en España. Veamos algunos de ellos.

En primer lugar, Lenin hace hincapié en dos de los principios básicos que deben regir la construcción del Partido desde el punto de vista de la **organización**. Por un lado, cuando los partidarios del «congreso obrero» proponían «la unión de las fuerzas de la socialdemocracia rusa con los elementos políticamente conscientes del proletariado», Lenin les preguntaba: «¿Acaso puede el proletariado 'políticamente consciente' ser *no socialdemócrata*? (...). Tomemos las sociedades de consumo. Representan sin duda una *unión* de los obreros. Son bastante *modestas en el plano político*. Pero ¿*son organizaciones 'independientes'*? Eso depende según se mire. Para los socialdemócratas sólo son realmente independientes las asociaciones obreras impregnadas de espíritu *socialdemócrata*; que además de impregnadas de su 'espíritu' están también vinculadas táctica y políticamente con la socialdemocracia, **por su incorporación al partido socialdemócrata o por su afinidad con él**»(65).

Queda claro que, desde el punto de vista de la organización, Lenin no establece una «muralla de China» entre la organización de la vanguardia revolucionaria (el partido socialdemócrata) y los organismos de masas **revolucionarios**, que lo son **no** porque **todos** sus miembros sean socialdemócratas (o comunistas), sino porque su política, su línea de actuación es afín a la de la

socialdemocracia (o a la del comunismo), porque constituyen parte del **movimiento revolucionario** y, por tanto, puede considerarse que forman parte del Partido como **organización de ese movimiento**. Esto va en contra de las modernas desviaciones acerca de la naturaleza del Partido: la de derecha, representada principalmente por el FM-LE, que defiende la idea de que el «Partido es el destacamento organizado de la clase y de las fuerzas del trabajo»(66), negándole todo carácter de vanguardia (Desde luego, lo más parecido a la idea de «congreso obrero», en la actualidad, es la amalgama de «Unidad Comunista» y de «Frente Único de la izquierda» que define la línea política del FM-LE); y la de «izquierda», expresada mayormente por la OCA y la OL, para quienes el Partido es, única y exclusivamente, la organización de la vanguardia de la clase, sin vínculos con las masas, sin organizaciones de masas afines a la política de la vanguardia. La justa concepción del Partido, que defiende el PCR y que defendió Lenin frente al «congreso obrero», es la que lo ve como **la suma de la vanguardia organizada más sus correas de transmisión entre las masas**.

Por otro lado, Lenin hace referencia a los **criterios de organización**:

«El final del punto: la idea de convocar el congreso obrero 'aportará un principio unificador a la construcción organizativa de las masas obreras y pondrá ante ellas en primer plano los intereses comunes a la clase obrera y sus tareas...' `¡Primero, construcción organizativa y, después, *las tareas*, es decir, el programa y la táctica! ¿No habría que razonar a la inversa, camaradas 'literatos y militantes prácticos'? Piensen un poco: ¿es posible *unificar* la construcción organizativa si no se unificó la comprensión de los intereses y las tareas de clase? Reflexionen y verán que no es posible»(67).

Piensen un poco, camaradas del Frente: ¿es posible la «unidad de los comunistas» en una organización antes que la unidad en la comprensión de las tareas de la clase?; ¿es posible, les preguntamos, organizar un Partido Comunista sin antes haber cumplido las tareas que exige su Reconstitución?.

En segundo lugar, Lenin toca la cuestión del **método** para la constitución (o, en su caso, Reconstitución) del Partido. Recomendamos especial atención a los camaradas del FM-LE y a todos los partidarios de la «unidad de los comunistas» -que son quienes plantean el método oportunista de Reconstitución de la manera más directa, pero también nos dirigimos a quienes quieren lo mismo, pero dando un pequeño rodeo, los partidarios de la «Reconstrucción»- a las siguientes palabras:

«Desde luego, se podría argumentar que la lucha de los diversos partidos en el congreso obrero permitirá a los socialdemócratas actuar en un terreno más amplio y les dará la victoria. Si es así como consideran el congreso obrero, hay que decirlo claramente (y los del Frente, como los mencheviques, no lo dicen respecto a su «Congreso de unificación», pues como les horrorizaba «lucha de dos

líneas» y no creen en la omnipotencia de la ideología proletaria, no plantean ese «Congreso» como un campo de batalla contra el revisionismo), sin prometer el milagro del 'principio unificador' (del que son fervorosos devotos nuestros camaradas del FM-LE). Sin decirlo claramente, se arriesgan a que los obreros, confundidos y deslumbrados por las promesas, lleguen al congreso para *unificar la política*, adviertan la realidad de las grandes e *inconciliables* divergencias políticas, vean que es *imposible* la inmediata unión de los eseristas, socialdemócratas y otros (de los revisionistas y de los comunistas, diríamos nosotros hoy), y *se vayan decepcionados*, maldiciendo a los intelectuales que los han engañado, maldiciendo a 'la política' en general, al socialismo en general. Fruto inevitable de tal decepción será el grito: ¡abajo la política!, ¡abajo el socialismo!, ¡ellos dividen a los obreros, en lugar de unirlos! Lo cual fortalecerá algunas formas primitivas de neto tradeunionismo o de sindicalismo»(68).

¿Valdría la pena comentar estas palabras en relación con la experiencia del «Congreso de Unidad» de 1984?; ¿querrían entenderlas nuestros camaradas del Frente, que quieren reeditarlo una vez más?; ¿no es, acaso, culpable en gran medida el decepcionante método de Reconstitución de 1984 de los largos años de dominio del tradeunionismo en la política comunista de este país? ¿Por qué os empeñáis en repetirlo, camaradas del Frente?.

Contrarrevolución y apostasía

El 3 de junio (16 en el calendario moderno) de 1907, el Primer Ministro Stolipin, escudándose en una supuesta «conspiración» de los diputados obreros contra el zar, disolvió la II Duma y arrestó a los representantes socialdemócratas. El golpe de Estado del 3 de junio puso fin, definitivamente, al ciclo revolucionario de 1905-1907 en Rusia e inauguró un ominoso período de contrarrevolución abierta y de represión desenfrenada contra el movimiento democrático y contra el socialismo rusos. El plan de Stolipin, sin embargo, no consistía en la defensa a ultranza de la vieja autocracia feudal. Al contrario, su objetivo era el de transformar la autocracia en una monarquía burguesa; y para conseguirlo, fijó su mirada en el campo, con el propósito de crear una capa de burguesía agraria capitalista (*kulaks*) que sirviera de firme puntal conservador de la monarquía zarista. Con este fin, promulgó su reforma agraria. De otro lado, Stolipin quiso dar a la base sociológica de su proyecto reflejo político en la Duma, a través de la hegemonía octubrista-centurionegrista y del apoyo *kadete*. Para ello, rectificó la ley electoral reduciendo al máximo la representación de los campesinos y de los obreros en favor de los terratenientes y la burguesía industrial y comercial.

El «reformismo stolipiniano» no dio grandes frutos, pero delimitó las tendencias ideológicas y políticas de las clases de la sociedad rusa entre 1907 y 1910. La ofensiva de la reacción creó un ambiente de apostasía general entre los elementos vacilantes de la revolución. El

liberalismo burgués accedió al juego de componenda con la autocracia que le proponía Stolipin y se desvió definitivamente de la lucha por la reforma política (a la revolución política ya había renunciado en 1906-1907). La valoración de la revolución que emitió la burguesía *kadete* en 1909, a través de una antología de trabajos realizados por intelectuales demócratas constitucionalistas titulada *Veji* (Jalones), daba buena cuenta de ello. No en vano, «los kadetes escribían sin recato que había que 'dar gracias a este gobierno, el único Poder que con sus bayonetas y sus cárceles nos protege (es de cir, protege a la burguesía liberal) de la furia popular'»(69).

Pero el espíritu de *Veji* afectó también a las filas de la socialdemocracia rusa en la forma de una casi general desbandada de las posiciones del marxismo revolucionario a todos los niveles: en filosofía, en la política general y en las cuestiones de táctica. Lenin describe los fenómenos que acompañan el paso de la situación política y social en Rusia del período revolucionario al de la contrarrevolución en los siguientes términos:

«Ante nosotros resaltan en seguida los dos trienios en que se divide este período: uno termina por el verano de 1907; el otro acaba en el verano de 1910. El primer trienio se distingue, desde el punto de vista puramente teórico, por rápidos cambios en los rasgos fundamentales del régimen estatal de Rusia (...). La base económica y social de estos cambios de la 'superestructura' fue la acción de *todas* las clases de la sociedad rusa en los terrenos *más diversos* (actividad dentro y fuera de la Duma, prensa, sindicatos, reuniones, etc.), una acción tan abierta, imponente y masiva como pocas veces registra la historia.

Por el contrario, el segundo trienio se distingue (...) por una evolución tan lenta que casi equivale al estancamiento. Ningún cambio más o menos apreciable en el régimen estatal. Ninguna o casi ninguna acción abierta y amplia de *las clases* en la mayoría de los 'campos' en que durante el período precedente se desarrollaron esas acciones (...).

Así pues, la época del trienio pasado (1905-1907) colocó en el primer plano del marxismo, y no por casualidad, sino por fuerza, las cuestiones que suelen ser denominadas de táctica (...).

En el segundo trienio *no* estaba planteado a la orden del día el choque de las tendencias dispares del desarrollo burgués de Rusia, ya que los ultrarreaccionarios habían aplastado, pospuesto, arrinconado y amortiguado por cierto tiempo *ambas* tendencias. Los ultrarreaccionarios medievales no sólo han invadido por completo el proscenio, sino que han llenado de ánimos de *Veji*, de abatimiento y apostasía los corazones de los más amplios sectores de la sociedad burguesa. En vez del choque de los dos métodos de transformación de lo viejo, han quedado en la superficie la pérdida de la fe en toda transformación (...).

La época anterior había agitado tan profundamente a sectores de la población apartados de los problemas políticos (...), que se hizo natural e inevitable 'revisar todos los valores', estudiar de nuevo los problemas fundamentales y mostrar un nuevo interés por la teoría,

por su abecé, por su estudio desde las primeras letras. Los millones de seres, despertados de pronto de un largo sueño y colocados de improviso ante problemas importantísimos, no podían sostenerse mucho tiempo a esa altura ni avanzar sin detenerse, sin retornar a las cuestiones elementales y sin una nueva preparación que les ayudara a 'digerir' las enseñanzas de valor inaudito y a poner a una masas incomparablemente mayor en condiciones de reanudar el avance, pero ya con un paso mucho más firme y seguro, con conciencia mucho mayor y de manera mucho más consecuente.

La dialéctica del desarrollo histórico ha sido tal que, en el primer período, se planteaba a la orden del día realizar transformaciones inmediatas en todos los ámbitos de la vida del país, y, en segundo lugar, que los más vastos sectores estudiaran, asimilaran la experiencia adquirida y que ésta penetrara, si es lícito expresarse así, en el subsuelo,

quienes se empeñan en poner en el orden del día las cuestiones tácticas; hay quienes no comprenden «la dialéctica del desarrollo histórico» ni las tareas que implica; hay quienes insisten en que los comunistas actúen políticamente como si nos hallásemos en vísperas de una nueva revolución, quienes no comprenden que la tarea inmediata del comunismo consiste en «digerir», precisamente, la experiencia del primer gran ciclo de la Revolución Proletaria Mundial, para incorporarlo posteriormente a la táctica, a la práctica política revolucionaria.

Hasta aquí, hemos sido testigos de la lucha de dos líneas en torno a la táctica de la revolución democrática en Rusia, dentro del ciclo de lo que Lenin denominó «ensayo general» de la revolución rusa, con las masas como protagonistas en el escenario y con la vanguardia poniendo a prueba su valor y su política. A partir de aquí, pasa a primer plano la «digestión» de esa experiencia, pasa a primer plano la recapitulación teórica, la asimilación de lo observado en el movimiento revolucionario para incorporarlo de nuevo a la táctica revolucionaria. Nosotros aplazaremos, sin embargo, el estudio de las cuestiones más abstractas, más «filosóficas», de esa recapitulación teórica general y continuaremos centrándonos en los problemas más «prácticos», más relacionados con la táctica política en el «segundo trienio» que señala Lenin: «trienio» que, en realidad, se alargará hasta 1911-1912.

Diremos, a pesar de todo y a título de información general, que, como indica Lenin, el *véjovstvo*, el espíritu de *Veji*, envolvió también a los mencheviques, quienes, bajo la supervisión de A. Potréssov, L. Mártoy y P. Máslov, publicaron una obra titulada *El movimiento social en Rusia a principios del siglo XIX*, a modo de síntesis de la época revolucionaria recién transcurrida, en la que calificaban las



en las filas atrasadas de las diferentes clases».

En relación con la ideología de vanguardia: «El reflejo de este cambio ha sido una profunda disgregación, una gran dispersión, vacilaciones de todo género, en suma, una gravísima crisis interna del marxismo. La enérgica resistencia ofrecida a esa disgregación, la lucha resuelta y tenaz en pro de los fundamentos del marxismo, se ha puesto de nuevo a la orden del día»(70).

Igualmente, hoy en día, a finales del siglo XX, ha vuelto a ponerse a la orden del día, tras la bancarrota del revisionismo y tras años y años de liquidacionismo, la lucha «resuelta y tenaz en pro de los fundamentos del marxismo». El estudio, la asimilación de estos fundamentos en la época contemporánea constituyen una parte cosustancial en esa lucha. Hay, sin embargo,

acciones de los obreros y de los campesinos de motines espontáneos, insistían en la necesaria hegemonía burguesa en la revolución y valoraban el período posrevolucionario como de «crisis constitucional» (mientras que, para Lenin, se trataba más bien de una «crisis revolucionaria»). Por otro lado, varios dirigentes marxistas, incluidos entre ellos algunos bolcheviques, iniciaron una revisión filosófica del marxismo, apoyándose en el positivismo y el neokantismo de Mach y Avenarius, y negando el sustrato materialista y dialéctico del marxismo. Lenin los combatió con su libro *Materialismo y empiriocriticismo*. Finalmente, algunos llegaron a aventuras como la de intentar crear una nueva religión (los «constructores de Dios», entre quienes se encontraba el bolchevique Lunacharski).

En este contexto de apostasía general, surgieron, dentro de la socialdemocracia rusa, dos nuevas visiones

de la línea política y organizativa que debía seguir el POSDR: el *liquidacionismo* y el *otzovismo*.

El liquidacionismo surgió como corriente en 1908. Su propósito era la extinción de la organización ilegal del partido obrero ruso y su sustitución por un partido legal. Se trataba, en resumidas cuentas, de una prolongación en el tiempo de los mismos síntomas degenerativos que habían incubado la idea del «congreso obrero». Los bolcheviques declararon la guerra abierta al liquidacionismo a partir del verano de 1908, y a ellos se sumaron los mencheviques «partidistas», encabezados por Plejánov, quien, en diciembre, abandonó la redacción del principal vocero del liquidacionismo, *Golos Sotsial-Demokrata* (La Voz del Socialdemócrata). Para combatir esta corriente, Lenin propuso la unidad de acción con los mencheviques partidistas desde «un acuerdo sobre la base de la lucha por el Partido y por el partidismo contra el liquidacionismo, sin ninguna clase de compromisos ideológicos, sin ningún ocultamiento de las divergencias tácticas u otras dentro de los límites de la línea del Partido»(71).

El principal instrumento empleado en ese combate fue, precisamente, la propia organización del POSDR. De esta manera, la convocatoria de la Conferencia del partido se presentaba como una prueba que debía medir su vitalidad. Lenin, consciente de ello, invirtió denodados esfuerzos para que pudiese ser celebrada, y, gracias a la alianza fáctica con los plejanovistas pro-partido (pues, desde el punto de vista formal, esta alianza no se realizó hasta el Pleno del Comité Central de enero de 1910, llamado «de unificación»), lo consiguió. La V Conferencia («de toda Rusia») del POSDR se reunió en diciembre de 1908, y, en su resolución sobre el liquidacionismo, lo definió como: «intentos de cierta parte de la intelectualidad del Partido de liquidar la organización existente del POSDR y reemplazarla por una asociación amorfa que sea legal a cualquier precio, aun al de la renuncia total al programa, la táctica y las tradiciones del Partido»(72). Esta definición fue ampliada en el Pleno del Comité Central de enero de 1910, cuando se reconoció al liquidacionismo como una «manifestación de la influencia burguesa sobre el proletariado»(73).

El principal objetivo de los liquidadores era la organización clandestina del partido. Pero, la «negación de la clandestinidad» va unida, como es lógico, a la negación de la táctica revolucionaria y a la defensa del reformismo»(74).

El *otzovismo* y lo que era una derivación exagerada del mismo, el *ultimatismo*, planteaban la cosa exactamente al revés: declarando que, en las condiciones de la reacción stolipiniana, el POSDR sólo podía realizar trabajo ilegal, exigían que el partido se dedicase única y exclusivamente a la clandestinidad, que cesasen todas sus actividades en las organizaciones de masas legales y en la III Duma, para lo cual proponía **revocar** a sus diputados (de ahí su denominación, de la palabra *otzvat*, «revocar»). Los *otzovistas*, que se organizaron en torno al periódico

Vperiod, era el sector que ponía de manifiesto las vacilaciones que acarrea la contraofensiva reaccionaria entre los bolcheviques, lo mismo que los liquidadores lo hacían entre los mencheviques.

Para Lenin, el *otzovismo* era el liquidacionismo «al revés», el «*menchevismo al revés*, con su prédica del 'congreso obrero', «el embrión del liquidacionismo ideológico desde la izquierda», «la peor caricatura política del bolchevismo»(75). En la Conferencia de la Redacción Ampliada de *Proletari* (junio de 1909), se aprobó oficialmente la postura del bolchevismo leninista hacia el *otzovismo* y el ultimatismo:

«Nuestra tarea inmediata es conservar y consolidar el POSDR. El propio cumplimiento de esta gran tarea implica un elemento de extraordinaria importancia: la lucha contra el *liquidacionismo* de ambos matices, el



liquidacionismo de la derecha y el liquidacionismo de la izquierda. Los liquidadores de la derecha dicen que no hace falta POSDR ilegal, que la actividad socialdemócrata debe concentrarse exclusivamente en las posibilidades legales. Los liquidadores de la izquierda vuelven las cosas del revés: para ellos, las posibilidades legales en la actividad del Partido no existen; para ellos la ilegalidad a toda costa lo es todo. Tanto unos como otros son liquidadores del POSDR en igual medida, aproximadamente, pues sin una combinación metódica y racional del trabajo legal e ilegal en la situación que actualmente nos ha impuesto la historia es inconcebible 'conservar y consolidar el POSDR'»(76).

En la Conferencia de *Proletari* se planteó la cuestión de la realización de un Congreso o Conferencia

bolchevique al margen del resto del partido. Esto suponía declarar abiertamente la escisión del POSDR y Lenin se opuso. Todavía estaban enfrente las posibilidades de la unidad de acción con los mencheviques partidistas de cara al aislamiento y derrota de los liquidadores de todo género. En 1910, como ya hemos señalado, se formalizó esa alianza. Este año, con el partido obrero dividido y dispersado como no lo había estado desde 1903, antes del II Congreso, se puso en primer plano, una vez más, la cuestión de la **unificación** como medio para «conservar y consolidar» el POSDR. E igual que en los años inmediatamente anteriores al Congreso de 1903, Lenin, al hablar de «unidad de los socialdemócratas», exige el previo y preciso deslinde de los campos ideológicos y políticos; al contrario que otros que, como Trotski, ponían por encima de todo la «conciliación» entre las diferentes corrientes.

«¿Se trata acaso de determinadas personas, grupos e instituciones» a los que debemos «conciliar» prescindiendo de su línea, del contenido de su labor, de su actitud hacia el liquidacionismo y el otzovismo?».

¿O se trata de la línea partidista, la orientación ideológica y política y el contenido de toda nuestra labor, de la tarea de depurar esta labor de liquidacionismo y otzovismo, tarea que debe realizarse independientemente de las «personas, grupos e instituciones» y a pesar de la resistencia de las «personas, grupos e instituciones» que no estén de acuerdo con esta línea o que no la apliquen»(77).

Naturalmente, Lenin se inclinaba por la segunda opción, sobre cuyo planteamiento, por cierto, deberían reflexionar nuestros **conciliadores** de hoy, tan deseosos de «unificar personas, grupos e instituciones».

La propuesta de unificación para «conservar y consolidar el POSDR» iba dirigida a los mencheviques partidistas, pues éstos, junto a los «bolcheviques ortodoxos», tenían «conciencia del peligro que representaban estas dos desviaciones, de su naturaleza no socialdemócrata y del daño que causan al movimiento obrero». Esto es lo que «provoca el acercamiento de los elementos de las diferentes fracciones y abre el camino para la unificación del Partido «a través de todos los obstáculos»»(78).

Pero la táctica de «unidad de acción contra el oportunismo» no podía dar los mismos frutos en 1910-1911 que en 1900-1903. En este período, los socialistas marxistas rusos dotaban de organización al movimiento obrero que emergía con potencia por esos años. Apenas se contaba con experiencia revolucionaria práctica; la línea política era tan general (el Programa aprobado en el II Congreso) que en ella cabían distintas interpretaciones. La revolución de 1905-1907, sin embargo, señaló los caminos del desenvolvimiento de las transformaciones de la Rusia autocrática de una manera práctica, real; deslindó tanto la vía revolucionaria de la vía reformista, o sencillamente de la contrarrevolución, diferenció tanto y puso de manifiesto la oposición entre la táctica

revolucionaria y la táctica oportunista, que, hacia 1910-1911, el problema de la continuidad de la línea revolucionaria y de la organización partidista capaz de llevarla a cabo no podía ser resuelto al viejo modo. De hecho, cuando a finales de 1911 Plejánov rompe con los bolcheviques leninistas so pretexto de luchar contra el «fraccionismo», quedaba meridianamente claro que la «crisis de unificación» que atravesaba el partido revolucionario ruso no sería superada mediante la «unidad de acción dentro de la misma organización» -como hasta ahora-, sino a través de la **escisión orgánica y definitiva** entre las dos líneas de desarrollo del movimiento obrero. A partir de aquí, la lucha por la **reconstitución** del partido revolucionario del proletariado ruso se presenta como la tarea principal e inmediata para Lenin y los bolcheviques. Esta tarea se realiza en torno a la VI Conferencia, celebrada en Praga, en enero de 1912, a la que sólo asistió la corriente bolchevique «ortodoxa» y donde ésta expulsó del viejo POSDR a todas las corrientes oportunistas.

A modo de conclusión

El período entre 1906 y 1912 de la revolución rusa es un período de transición entre la revolución de 1905 y la de 1917. Desde el punto de vista del Partido, es una etapa de asimilación y de desarrollo de los principios marxistas y de la política proletaria bajo condiciones nuevas, las de una nueva era de revoluciones; es un paréntesis de reflexión y de disgregación, cuya resolución exigía una recomposición de la vanguardia sobre bases diferentes: una táctica única, una organización única, diferenciada de los elementos vacilantes y conservadores que se negaban a aprender de las masas revolucionarias.

Los bolcheviques necesitaban elaborar y aplicar, de manera independiente, esas lecciones a través de una organización que reflejara fielmente, y no sólo en apariencia, los principios del centralismo democrático aprobados por la socialdemocracia rusa en sus Congresos. Para ello, llegaron a la conclusión de que la escisión orgánica entre las dos líneas antagónicas de la política proletaria era inevitable en el marco de la revolución rusa. Cuando, en 1914, el socialreformismo se transforme en socialchovinismo, la escisión entre esas dos líneas se tornará inevitable en el marco de la revolución mundial. Esta es una lección de la revolución rusa que el desarrollo de la Revolución Proletaria Mundial ha sancionado y convertido en un principio de preservación de la independencia política del proletariado revolucionario vigente hasta hoy, y que hay que tener en cuenta sean las que sean las tareas que impone la revolución, incluida la Reconstitución.

El período 1906-1912 es la última etapa de convivencia de la vanguardia revolucionaria con el reformismo en la revolución rusa. A partir de aquí, el partido obrero y el partido revolucionario se separarán, y como ha sucedido en todos y cada uno de los ciclos de desarrollo de los diferentes destacamentos nacionales del proletariado mundial, cada uno jugará su papel en la

siguiente revolución: los mencheviques defendiendo la revolución burguesa, los bolcheviques la proletaria.

A partir de 1912, el partido de vanguardia ruso se reconstituirá sobre bases superiores a las de su constitución primera, en 1903-1905, y estará en condiciones, una vez **preparada la vanguardia, para preparar a las masas** para el triunfo de la revolución.

La historia del partido ruso, entre 1900 y 1917, nos enseña que su desarrollo no es lineal, que experimenta altibajos, avances y fases de estancamiento, caídas y sobresaltos. 1906-1912 es un período de caída, previo y

necesario para el subsiguiente salto hacia adelante. Sobre todo, la historia del partido ruso, entre 1900 y 1917, se nos muestra como la expresión «concentrada» de la historia de casi todos los partidos comunistas a lo largo de espacios de tiempo más prolongados: todos han sido constituidos, han experimentado una etapa de crecimiento y de crisis hasta llegar a la más apabullante liquidación. Pero, igual que los bolcheviques, los comunistas lograrán sobreponerse y reconstituir sus partidos **sobre una base superior** a la que sirvió a su primera fundación.

El Comité Central del PCR

Notas:

- (1) LENIN, V. I.: *Obras Completas*. Ed. Progreso. Moscú, 1985. Tomo 30, p. 318.
- (2) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 10, p. 184.
- (3) Plejánov, sin embargo, sí había planteado la cuestión agraria en los años 80 del siglo XIX, cuando dirigía el grupo *Emancipación del Trabajo*, en su "proyecto de programa de los socialdemócratas rusos" (1884) y en otros trabajos posteriores, donde señalaba la necesidad de la revolución campesina como parte de la revolución democrática y de la liquidación de las relaciones feudales en Rusia, y del reparto de las tierras como base para el futuro desarrollo del capitalismo en ese país (Ver, LENIN, V. I.: *OC.*, t. 12, p. 243 y ss.). Pero Plejánov estaba convencido del carácter reaccionario de la clase campesina, y esta idea lo puso en contra de cualquier tesis política que reconociera un aporte progresista del campesinado a la revolución. Por eso, en 1906, apostaba por la burguesía liberal (que controlaba los *zemstvos*) para que dirigiera las transformaciones agrarias, por encima de los propios campesinos, ya fueran pobres o medianos.
- (4) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 12, p. 150.
- (5) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, p. 5.
- (6) *Ibidem*, págs. 29-31.
- (7) BUJARIN, N. L.: "Acerca de la teoría de la revolución permanente"; en VV.AA.: *El gran debate (1924-1926)*. Ed. Siglo XXI. Madrid, 1976. Vol. 1, p. 100.
- (8) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, p. 31.
- (9) *Ibidem*, págs. 12-14.
- (10) Ver, LENIN, V. I.: *OC.*, t. 35, págs. 23-28.
- (11) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, p. 40.
- (12) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 16, págs. 5-7.
- (13) *Ibidem*, págs. 11 y 12.
- (14) *Ibid.*, págs. 7 y 8.
- (15) Ver, LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, págs. 185 y ss.; 222 y 223; 231 y 232; 302-305.
- (16) *Ibidem*, págs. 308-311.
- (17) *Ibid.*, págs. 361-371.
- (18) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 16, págs. 16 y 17.
- (19) *Ibidem*, p. 38.
- (20) "Ahora nos hallamos en un período de pausa de la revolución, en que *toda una serie de llamamientos* han quedado sistemáticamente *sin encontrar eco entre las masas*. Así ocurrió con el llamamiento a barrer la Duma de Witte (comienzos de 1906), con el llamamiento a la insurrección después de la disolución de la primera Duma (verano de 1906) y *con el llamamiento a la lucha* en respuesta de la disolución de la segunda Duma y al golpe de Estado del 3 de junio de 1907" (*Ibid.*, p. 23).
- (21) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 41, p. 48.
- (22) LENIN, *OC.*, t. 13, págs. 366-368.
- (23) *Ibidem*, p. 337.
- (24) Kautsky se refiere, sin duda, a las "conclusiones" de Engels en su Prólogo de 1895 a la obra de Marx *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, donde, tras analizar la experiencia de las insurrecciones europeas del ciclo 1848-1871, recomienda a los partidos socialistas utilizar la lucha parlamentaria como medio principal **durante algún tiempo**, hasta que el trabajo de masas de los revolucionarios consiga incorporarlas de una manera consciente a la "transformación completa de la organización social". Los oportunistas y los revisionistas, empezando por Bernstein, utilizaron esa recomendación coyuntural de Engels para encauzar el movimiento proletario por el camino del cretinismo parlamentario, dándole un carácter absoluto. Pero Engels, sencillamente, lo que hace en su *Prólogo* es analizar las circunstancias técnicas y tácticas que en ese momento dejaban en inferioridad al método revolucionario de barricadas empleado hasta entonces. Y su **verdadera conclusión** es otra que la siguiente: "Por tanto, una futura lucha de calles sólo podrá vencer si esta desventaja de la situación se

compensa con otros factores. Por eso se producirá con menos frecuencia en los comienzos de una gran revolución que en el transcurso ulterior de ésta y deberá emprenderse con fuerzas más considerables" (MARX, K. y ENGELS, F.: *Obras Escogidas*. Ed. Akal. Madrid, 1975. Tomo 1, p. 128). Y precisamnete estas conclusiones son las que ratificó la insurrección de Moscú.

(25) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, p. 401.

(26) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 12, págs. 228 y 229.

(27) MARX y ENGELS: *Op. cit.*, p. 129.

(28) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 30, p. 330.

(29) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, p. 54.

(30) *Ibidem*, p. 57

(31) *Ibid.*, p. 53.

(32) *Ibid.*, p. 339.

(33) *Ibid.*

(34) *Ibid.*, p. 70.

(35) La convocatoria del V Congreso fue acordada por la II Conferencia del POSDR ("Primera para toda Rusia"), celebrada en Tammerfors, en noviembre de 1906, en la que bolcheviques y mencheviques se reunieron para resolver la táctica a seguir para las elecciones a la II Duma. El Congreso se convocó como congreso ordinario. A pesar de que las dos fracciones del POSDR actuaban, en la práctica, como dos organizaciones diferentes, la unidad jurídica del partido todavía no era cuestionada.

(36) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, págs. 351 y 352.

(37) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 16, págs. 187 y 188.

(38) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, p. 349.

(39) "Estos hechos (...), demuestran a todos aquellos para quienes algo signifique la realidad histórica que los octubristas y los demócratas constitucionalistas son dos alas de una misma clase, dos alas del centro burgués, que oscila entre el Gobierno y los terratenientes, por un lado, y la democracia (los obreros y los campesinos), por otro" (LENIN, V. I.: *OC.*, t. 21, p. 186).

(40) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, págs. 350 y 351.

(41) *Ibidem*.

(42) El sistema de representación de la Duma de Estado de la época de la autocracia zarista no tenía nada que ver con el de los Estados burgueses de Europa occidental. En lugar del sufragio universal, el voto individual y secreto y la representación directa, las elecciones a la Duma se realizaban indirectamente, a través de los "compromisarios" a las diferentes *curias*, que eran una especie de "Estados Generales" de representación estamental. La Duma, así, se parecía más a las *Cortes Generales* medievales que a los modernos parlamentos burgueses. El reglamento electoral reconocía una curia agraria (terratenientes), una urbana (burguesía), una campesina y una obrera, designando arbitrariamente el número de cada una de ellas para garantizar el predominio en la cámara de las primeras sobre las últimas.



(43) "El desenmascaramiento de los demócratas constitucionalistas y la consolidación de los trudoviques: he ahí algunas de las conquistas más importantes del período de la Duma (...). El ignorante mujik ruso ha dejado de ser una esfinge política. Pese a todas las violaciones de la libertad electoral, ha sabido manifestarse y forjar un nuevo tipo político: el trudovique. Desde ahora, los manifiestos revolucionarios llevarán en pie, junto a la firma de organizaciones y parti-

dos constituidos en el curso de decenios, la firma del Grupo del Trabajo, formado en el curso de pocas semanas. Las filas de la democracia revolucionaria se han fortalecido con una nueva organización, que comparte, por supuesto, no pocas de las ilusiones típicas del pequeño productor, pero en la revolución actual expresa, sin duda alguna, las tendencias hacia una implacable lucha de las masas contra el despotismo asiático y el régimen feudal terrateniente" (LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, p. 361).

(44) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, págs. 7 y 8.

(45) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 14, p. 92.

(46) *Ibidem*, p. 98.

(47) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 21, p. 154.

(48) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 13, p. 310.

(49) "El proletariado debía hacer cuanto pudiese por conservar la independencia de su táctica en nuestra revolu-

ción, a saber: junto al campesinado consciente, contra la burguesía monárquica libera, vacilante y traidora. Pero era imposible emplear esa táctica durante las elecciones a la Duma de Witte, debido a una serie de condiciones, tanto objetivas como subjetivas, para las que participar en las elecciones hubiera equivalido, en la inmensa mayoría de las localidades de Rusia, a que el partido obrero apoyara tácitamente a los demócratas constitucionalistas" (*Ibidem*, págs. 365 y 366).

(50) *Ibid.*, p. 364.

(51) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 16, p. 19.

(52) "(...) nuestro planteamiento del problema del boicot no tiene nada que ver con el planteamiento de abstenerse o no abstenerse, el cual es un planteamiento liberal, de una mezquindad filistea y desprovisto de todo contenido revolucionario" (*Ibidem*, p. 35).

(53) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 14, págs. 86 y 87. La negrita es nuestra (N. de la R.).

(54) Ver, *Nuestra Lucha*, nº 5 de 1996, donde José Manzanero publica una carta de apoyo a Felipe González, y la respuesta de sus camaradas del FM-LE en el nº 6, criticando su "confusión".

(55) *Nuestra Lucha*, nº 7 de 1996, p. 12.

(56) "A esta lucha (a la lucha de clase del proletariado) debemos subordinar en su integridad todas sus formas aisladas y particulares, entre ellas también la parlamentaria. Para nosotros la lucha extraparlamentaria del proletariado es la decisiva. No bastará con afirmar que tenemos en cuenta las necesidades y los intereses económicos de las masas, etc. Semejantes frases (...) son imprecisas, y cualquier liberal puede hacerlas suyas. Todo liberal está dispuesto a hablar en general de las necesidades económicas del pueblo. Pero ninguno va a subordinar la actividad en la Duma a la *lucha de clases*, idea esta que nosotros, los socialdemócratas (los comunistas), debemos expresar con toda claridad. Sólo este principio nos distingue realmente de todas las posibles variedades de democracia burguesa" (LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, págs. 380 y 381).

(57) *Ibidem*, p. 10.

(58) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 14, págs. 45 y 46.

(59) *Ibidem*, p. 49.

(60) *Ibid.*, p. 51.

(61) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, p. 195.

(62) *Ibidem*, págs. 195 y 196.

(63) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 14, p. 247.

(64) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, págs. 195 y 197. Como se ve, en 1907, Lenin tenía ya prácticamente asumida la experiencia soviética de 1905. Cuando, en 1917, esos "otros órganos" volvieron a ser los Soviets; cuando ya no había peligro de desviación sindicalista dentro del partido en la interpretación de su papel revolucionario, y cuando las

tareas de la revolución imponían la realización del socialismo, Lenin pudo proclamar, sin reparo, la famosa consigna de "¡Todo el poder a los Soviets!".

(65) *Ibidem*, págs. 182 y 183. La negrita es nuestra (N. de la R.).

(66) *Nuestra Lucha*, nº 10 de 1996, p. 18.

(67) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 15, p. 188.

(68) *Ibidem*, p. 18.

(69) STALIN, J.: *Obras*. Ed. Vanguardia Obrera. Madrid, 1984. Tomo XIV, p. 123.



(70) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 20, págs. 90-93.

(71) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 19, p. 154.

(72) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 21, p. 141.

(73) *Ibidem*.

(74) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 25, p. 393.

(75) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 17, págs. 378 y 379.

(76) LENIN, V. I.: *OC.*, t. 19, p. 9.

(77) *Ibidem*, págs. 266 y 267.

(78) *Ibid.*, p. 269.